

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11. En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS, FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



Espantóse el cura al oír sus amenazas..... (Pág. 708, columna 2.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion. — Véase el n.º 44).

CONTINUACION DE LA CARTA.

Mi querida Emilia :

¡Qué de acontecimientos, qué de aventuras desde que te he dejado, ó por mejor decir, desde

que dejé de escribirte esta mañana, hasta en este momento en que emprendo nuevamente la narracion que te he prometido!

Pero ¿cómo haré para seguir desde donde terminé mi anterior, y enlazar uno á uno el hilo de los acontecimientos? Eso es bueno para los autores de novelas que inventan; pero todo lo que separa mi viaje de los últimos sucesos que han tenido lugar en este dia, es tan poca cosa, que me decido á pasarlo en silencio.

Todo lo que puedo decirte para que me comprendas, es que en la noche del dia en que me queria volver á París, conocí que Mr. Camilo

Perrin era simplemente un buen hombre, muy complaciente, amable, espiritual á su manera y lleno de instruccion. Lo cierto es que con su gorro de algodón y sus patillas, no por eso deja de ser un buen mozo, que lo ignora ó que no quiere mostrar que lo sabe. Pero con lo que ha visto y las ventajas personales que posee, otro seria muy notado en cualquiera parte que se presentase; pero todas esas puerilidades de nuestra sociedad le son indiferentes.

Ahora solo me falta decirte que llegamos al castillo de Chevalaine al otro dia por la mañana; que nuestras habitaciones estaban preparadas, y

que todos los demás herederos habían llegado.

Te he prometido los retratos de todos; pero los sucesos no me dejan tiempo para ello, y no quiero dejarlos por la descripción de los actores.

Además, ya conoces la familia, porque te he enviado la copia de la singular nomenclatura de los herederos, en la que aparezco como la esposa de Mr. Cros y compañía; lo que ha hecho reír á mi marido enormemente.

Añade solamente un oficial de marina, hijo de Mme. de Fernic, que es un jóven de veinticinco años, pálido, reservado y frío, pero valiente y adornado de sentimientos muy bellos; y estarás al corriente de todo.

En cuanto al número cinco, que es el último de los Chevalaine, es un niño de dos años, representado por Mr. Blanchet, que se parece singularmente á todos los hombres que merezcan dicho nombre; es decir, que designa la impotencia en toda la extensión de la palabra.

Continuemos, pues:

Quedamos en el momento en que íbamos á visitar unas chozas ó barracas, visita que no tenía solo por objeto la curiosidad, sino que era el resultado de una combinación, como dice Mr. Cros; y Mr. Perrin fué el que se encargó de recoger los datos relativos á ella, mientras mi esposo iba por otros sitios para conocer la extensión de los dominios incultos que nos había legado mi tío.

Ya sabes cómo hace los negocios Mr. Cros. Ha persuadido á todos nuestros coherederos que tomen parte en una especulación que quiere emprender en este país; y para ello les ha ofrecido ventajas considerables á fin de seducirlos.

Pero no puedo explicarte dicha combinación porque me falta el tiempo y se aproxima la hora de mi cita.

Porque has de saber que tengo una cita á media noche, con un jóven, que es todo un héroe de novela, y cuyo retrato es el siguiente: mirada de águila, semblante apasionado, gallarda apostura, talento salvaje, con un alma ulcerada por el dolor ó los remordimientos, pero seguramente noble y grande, y de imperiosa voz, y misteriosas palabras; en fin, tengo una cita con el ilustre Maricou.

Pero esta es la segunda vez que escribo dicho nombre, y como ahora le añado el de ilustre, me preguntarás, seguramente, á qué título lo ha adquirido.

Hasta ahora no lo sé enteramente; pero dentro de poco espero saberlo; porque has de saber, mi querida Emilia, que en toda esta novela no ocupo mas que el secundario papel de confidenta; y me temo que la heroína será una gigantesca señorita anunciada en la nomenclatura de mi tío, bajo el nombre de Mlle. Lucia de Chevalaine. Dicha jóven es un coloso, pero hermosa, y propia para figurar sobre la columna de la plaza de la Concordia; mas su estatura arredraria á cualquiera que no fuese el ambicioso campesino que te he nombrado.

Y cuenta que me sirvo de la palabra campesino para que no lo confundas con algun hidalgo de aldea, de esos que tienen algo de labriego, y que es necesario darles dicho nombre para no confundirlos con los hijos de los labradores. El aldeano que te cito, es un verdadero campesino, hijo de una aldeana, que gasta blusa, que no

tiene un céntimo de renta, y que trabaja para vivir. Hé aquí á mi héroe.

Pero te lo juro (y puedes creerme), que por mas que hagas y por mas que busques en el bosque de Bolonia, en las carreras ó en cualquier sitio que sea, no encontrarás uno tan admirable. Mi héroe lo reúne todo: belleza, juventud, valor, amor, miseria y ambición: es un prodigio, le quiero y le temo al mismo tiempo, y va á venir dentro de poco, querida mia, y escalará mi ventana como si fuese un amante verdadero; pues las mujeres no tienen amantes en París, porque en nuestra capital, el amor entra y sale por la puerta con toda la política de la sociedad y con todas las seguridades del mundo.

Pero á media noche, en un castillo gótico de grandiosas dimensiones, en el que hay salones de cincuenta piés de largo sobre treinta de ancho, cubiertos de molduras de encina, y cuyos corredores gimen al mas leve impulso del viento, resonando las baldosas bajo nuestros pasos, y repitiéndose el eco de ellas entre las bóvedas de granito; en un castillo que conserva aun una galería de retratos de toda la familia Chevalaine, desde el que acompañó á san Luis en las cruzadas, hasta el que acaba de morir; en un castillo donde pretenden que hay subterráneos en cuyos húmedos calabozos han perecido cuatro jóvenes de esta noble familia, por haber faltado á sus deberes, ¿comprendes que yo, una descendiente de esa noble sangre, espere á hora tan avanzada á un jóven vulgar..... y que para llegar hasta mí debe trepar por los antiguos muros de una capilla sobre la cual está situada mi habitación, esponiendo su vida en tan peligrosa ascension?..... Pues eso es lo que voy á hacer.

Créete, que si no fuera casada, tendría recelos, y que aun siéndolo, no sé lo que me sucedería si viniera para hablarme de amor. Pero ¡ay! me hablará del amor de otra mujer.....

¿No es verdad que es ser muy complaciente el esponerse de esta manera por tan poca cosa? Porque en justicia no vale mucho la tal señorita.

Otra hubiera hecho de ese jóven un hombre grande y distinguido, pero esa colosal Chevalaine no le comprende. No sé aun si ella conoce el amor que ha inspirado; pero lo cierto es que abusa de él..... y lo teme al mismo tiempo.

El reloj del castillo da solemnemente las doce campanadas: el eco sonoro de estas resuena entre las bóvedas..... mi héroe va á venir..... ¿No es verdad que es una aventura singular? Me parece que lo oigo llegar..... sí..... él es..... mi corazón palpita.....

Sí, lo que te digo es cierto; siento una opresión inmensa. Tengo miedo.....

Porque es él..... sí, él es.

IX.

En el momento en que Mme. Cros terminaba dicha frase, Maricou apareció en la ventana y penetró en la habitación.

Dos bujías, que estaban encendidas sobre una gran mesa en la cual escribía Mme. Cros, iluminaban débilmente aquella pieza.

Como le decía á su amiga, un terror singular se apoderó de ella á la vista del jóven, y se arrepintió de la imprudencia que había cometido, acrecentándose en ella dicho sentimiento cuando Maricou le dijo:

—Hubiera sido mejor que hubieseis apagado la luz antes que entrase, porque pueden haber visto proyectarse mi sombra en el cuadro iluminado de la ventana; y Dios sabe lo que puede suceder si me conocen.

—¡Haga el cielo que si os han visto entrar aquí, os hayan reconocido! dijo Mme. Cros espantada de la suposición de Maricou.

—¿Y por qué, señora?

—¿Por qué? porque cualquier otro hombre que no fuerais vos, podía dar lugar á suposiciones.....

—¡Que son imposibles conmigo! dijo Pedro con tristeza..... ¿no es eso lo que queriais decir?

Aunque era esa justamente la intención de Mme. Cros, no se sintió con el suficiente valor de decir á aquel hombre, que tanto sufría al parecer á causa de su inferioridad, una verdad que le haría padecer cruelmente, y le contestó.

—No señor; pero despues de lo que ha pasado hoy, se concibe fácilmente que tengais que decirme cosas que me iluminen en lo ocurrido, pero que exijan al mismo tiempo el mayor sigilo; y cuando se posee un secreto, se guarda como se puede, por mas que dudeis de la escelencia del medio que me propusisteis esta mañana.

—Bajo ese punto de vista, señora, repuso Maricou, vuestra justificación será fácil, porque tengo que deciros cosas que probarán el fin con que me habeis admitido á esta hora y en este sitio.

—¡Pues bien! dijo Mme. Cros, quedaos en el ángulo de la ventana que ocupais, y yo os escucharé desde aquí; porque si hubiese alguien interesado en espiarme, me verán en este sitio. Os escucho, y estoy pronta á daros el consejo que me habeis pedido.

—Lo que tengo que deciros, señora, repuso Maricou, es demasiado largo y tal vez fatigüe vuestra atención; además, segun las palabras que se os han escapado, preveo anticipadamente el consejo que me daréis.

Mme. Cros comprendió, con esa sagacidad peculiar de las mujeres, en todo lo que concierne á sentimientos de amor, lo que significaba el temor de Maricou. Debía ser, por lo tanto, un amor puesto en una persona de alta categoría, al que temia le aconsejasen de renunciar, perdiendo las esperanzas de lograrlo un día; puesto que Mme. Cros se había creído al abrigo de toda sospecha, si reconocian al hombre que se había introducido en su habitación.

Pero así como Mme. Cros tenía la sagacidad de su sexo, tenía también una curiosidad estremada, que es el patrimonio de la mujer: curiosidad menos general de lo que se cree, cuando se aplica á diferentes objetos; pero implacable, por decirlo así, para todo lo que concierne á otra mujer, sobre todo si es jóven y hermosa como Lucia, y aparece comprometida en relaciones misteriosas con un hombre como Maricou.

Este sentimiento venció en Mme. Cros todas las aprensiones, y le contestó á Maricou, con una frase en la que había una agradable lisonja para él:

—No sé por qué temeis el consejo que tengo que daros, le dijo. Creed que será dictado por lo que teneis que decirme, y si como espero, son acciones dignas de la generosidad y el valor que habeis mostrado hoy, será tal vez mas consola-

dor de lo que esperais. Vivimos en una época en que los rangos son muy poca cosa en las relaciones sociales, y un oscuro nacimiento no es ya un obstáculo para la realización de los proyectos de un hombre, que tiene voluntad y medios de llegar á donde quiere.

—Me habeis comprendido, señora; me habeis comprendido, puesto que me animais, como acabais de hacerlo, le dijo Maricou; sin embargo, no sabeis ni quién soy, ni la fatalidad que pesa sobre mí, cuando me hablais en esos términos; y sois demasiado jóven, además, para que hayais conocido los acontecimientos que han influido en mi vida. ¡Tal vez no los hayais oído nombrar si quiera!

—Creo que no, dijo Mme. Cros; porque vuestro nombre no me trae ningun recuerdo.

—¿Ni el de Mariana Maricou?

—Tampoco.

—Y cuando vuestro marido, ó el señor cura, ó Mme. de Fernic os han hablado de mí, ¿no os han dicho nada?

—No me han dicho mas sino que sois el rey absoluto de esa especie de pueblo salvaje, á donde nos habeis conducido.

—¿Y ni una palabra mas?

—Nada mas.

—¡Ah! el pacto del silencio lo guardan bien entre todos! Habrán pensado que, á pesar de sus aprensiones y sus envidias, podriais creer que no era justo de abandonarme como lo hacen.

—Esplicáos claramente, porque no os comprendo.

—Escuchad, pues, señora, y no os admireis si os hablo de cosas que no se dicen generalmente; pero he llegado á un momento en que se va á decidir mi vida, y vos pronunciareis el fallo. Hace mucho tiempo que esperaba una ocasion como esta; porque en este pais, donde soy un objeto de reprobacion, no se hubieran dignado el escucharme. Cuando llegasteis, pensé en Mr. Cros; pero tiene en mucha estima las horas de su vida para perder un minuto con un miserable como yo. En cuanto á Mr. Perrin, tal vez hubiera comprendido el dolor que tengo en ser lo que soy, y hubiera animado mi ambicion; pero no en la via y con el fin que me propongo. Mr. de Fernic depende demasiado de su madre para escucharme; por lo tanto, solo quedabais vos, y á mi primera súplica no habeis dudado: os doy, pues, las gracias con toda mi alma, y veréis que no soy un ingrato.

—Os escucho, caballero, dijo Mme. Cros con alguna impaciencia, y si os importa que no sepan vuestra presencia en mi habitacion, os observaré que la hora se pasa y que otra entrevista como esta, será tal vez imposible.

—Principio, pues, dijo Pedro haciendo un violento esfuerzo para dominarse.

Se escapó un sordo gemido de su pecho, y luego empezó su narracion en los términos siguientes:

—Si hubiera previsto con el fin que queriais visitar las barracas, no os hubiera conducido á ellas. Mlle. de Chevalaine no habria prevenido, ni á mi madre ni á los habitantes, y no hubiese pasado nada de lo ocurrido.

Además, señora, principiando mi narracion en época no muy cercana, tal vez encontraréis en ella razones que impidan á esos señores de perseverar en sus designios.

Mr. Camilo Perrin no es el primero que ha soñado en arrancar á esa raza maldita que habeis visitado hoy, de la miseria, la holgazaneria y la lepra que la corroe.

Un famoso médico, cuya nombradía ha pasado los límites de la provincia, llamado el doctor Buq..... quiso persuadir hace muchos años al intendente del Maine de que su plan era realizable; y al efecto se llevaron por fuerza de la aldea, que era entonces mucho mas numerosa que hoy (porque esa raza se estingue), dos jóvenes de ambos sexos. Al cabo de un año, y por medio de los cuidados de que fueron objeto, los humores escrofulosos que son hereditarios en los habitantes de la aldea, desaparecieron casi completamente: el médico casó á aquellos dos desgraciados, y mi madre fué el fruto de aquel matrimonio, que, gracias á los cuidados del doctor, no padeció nunca el mal hediondo que destruye dicha raza.

El intendente de la provincia habia prometido el ocuparse de aquella esperiencia; pero llegó la revolucion, y nadie volvió á acordarse de aquel proyecto; y mis abuelos, guiados por ese instinto particular de su sangre, se escaparon de la vigilancia del doctor, abandonando á su hija, que no pudieron llevársela. Por lo tanto, mi madre se quedó con el doctor Buq..... que la cuidó con esmero, y creyó hacer mucho por ella enseñándola á leer y á escribir, haciéndola además una excelente cocinera.

Al pronunciar esta frase, Maricou se sonrojó, y le habia costado mucho trabajo, sin duda, el pronunciarla; pero la dijo, como un hombre que no quiere hacer una confesion penosa, en dos veces.

El doctor Buq..... habia querido probar que dicha raza era tan apta para la servidumbre como otra cualquiera, y lo habia conseguido, prosiguió.

—Aun estaba mi madre al servicio del doctor, cuando este murió de repente sin dejarle la modesta herencia que le habia prometido mil veces. Era, pues, necesario que mi madre trabajase para vivir; pero prefirió la holgazaneria y la pereza del bohemio al trabajo, y se volvió á las barracas.

Ya sabeis, señora, que dichas barracas están en la landa que pertenecia á Mr. de Chevalaine; y aunque el origen de dicha aldea se remonta á muchos siglos atrás, la proscripcion no ha permitido que los bohemios sean propietarios del suelo ingrato que habitan, y la prevision de los señores de Chevalaine les ha hecho conocer de tiempo en tiempo, que solo por tolerancia habitaban en estos lugares.

Ordinariamente, los señores de Chevalaine iban á las barracas en dos épocas determinadas, acompañados de muchos vasallos. Primero por su seguridad; pero mas bien, porque en aquella especie de romeria, los que asistian á ella, tenían el derecho de perseguir á aquellos miserables como si fuesen fieras, y de saquearlos si alguna cosa de aquellas pobres barracas les convenia; y no creais que esto fuera una injusticia tan grande como parece á primera vista, porque habia muy pocos habitantes de la comarca que no tuviesen que quejarse de algun robo en sus personas ó en sus propiedades, ejercido por ellos.

La revolucion, que habia destruido todos los

privilegios, sin que la noticia de dicho cambio hubiese penetrado hasta aquella morada salvaje, por decirlo así, le quitó á Mr. de Chevalaine el poder de maltratar á aquellos desgraciados. Por lo tanto, fué solo; y ocultando su impotencia bajo un aire protector, les dijo, que no habiéndoles querido esponer á los malos tratamientos á que estaban espuestos otros años, les pedia amigablemente el que lo reconocieran por su señor.

Pero mi madre estaba entre ellos, y como le habia oído decir al doctor mil veces que los Chevalaines perderian sus derechos si los bohemios resistian (porque eran cien procesos de espulsion, y ningun alguacil se atreveria á tomar las actas necesarias).

Sin comprender lo que podrian hacer de su fuerza, los habia invitado á que se negaran á reconocerlo, y se habian resuelto á ello, sin saber cómo lo conseguirian.

Cuando Mr. de Chevalaine vió el giro que tomaba la cuestion, primero se figuró que era el espíritu de la época que dictaba aquella negativa á los habitantes de las barracas; pero discutiendo con ellos, conoció que obraban por consejos cuyo valor no conocian, como os he dicho. Entonces quiso saber quién los aconsejaba, y supo que era mi madre.

Mr. de Chevalaine la conocia por haberla visto en casa del doctor Buq..... en donde habia sido en su infancia un objeto de curiosidad, como pudiera serlo una loba domesticada; pues mi madre era notable por su hermosura, y la habian felicitado por ello mas de una vez. Por lo tanto, quiso verla, y se dió tan buenas trazas, que la determinó á hablar en contra de su primera opinion.

Dicho resultado lo obtuvo, gracias á la promesa que le hizo de darle una parte de aquella propiedad, que no queria dejarse usurpar por los otros, y hé aquí por qué es la sola propietaria del terreno que ocupa nuestra casa.

Pero lo que no era mas que un negocio, al cabo de algunas horas cambió de objeto: la belleza de mi madre, su atrevimiento y su genio emprendedor sedujeron á Mr. de Chevalaine: este la propuso de seguirle al castillo, y para seducirla mejor, le prometió darle un dia la propiedad de aquella parte de la landa que ocupaban las barracas, á fin de que fuera verdaderamente la reina y la dueña de los suyos.

Mi madre, cuya naturaleza es ambiciosa, se dejó engañar por aquellas falsas promesas, y siguió á Mr. de Chevalaine.

Aquí suspendió Pedro su narracion, como un hombre que trata de reunir en un solo monton una multitud de tiras de papel esparcidas por una habitacion, para sacarlas fuera de una vez, y prosiguió:

—Era jóven, bella, ambiciosa y ardiente. Mr. de Chevalaine estaba aun en lo mejor de su vida, pudiendo cumplir lo que prometia, y prometiendo todo lo que mi madre se atrevia á pedirle; y al cabo de algunos meses, Mariana era la querida de Mr. de Chevalaine, con la promesa de casarse con ella.

Las miradas de Mme. Cros se fijaron en Maricou con una curiosidad particular, el cual, bajando la cabeza en señal de asentimiento, le dijo:

—Si señora, en aquella época vine al mundo;

pero tranquilizaos: ninguna acta, ni ningun escrito, escepto tal vez el testamento, por el cual habeis venido, atestigua ó prueba mi nacimiento.

No soy mas que el hijo de la bohemia Mariana, ni quiero ser otra cosa; y si os he hablado de esta circunstancia, es porque es necesaria para que comprendais lo que ha pasado y lo que pesa eternamente sobre mí.

—Asi como os decia no há mucho tiempo, que un nacimiento oscuro no era un obstáculo para hacer fortuna, del mismo modo las preocupaciones que condenaban á los hijos naturales.....

Maricou estendió su mano como para imponer silencio á Mme. Cros, y le dijo:

—Señora, sé lo que me vais á decir; pero, creedme, esas banalidades (perdonadme la expresion) no está en vuestra mano el destruirlas.

Un nacimiento como el mio es un obstáculo menos invencible que lo era en otro tiempo; pero siempre es un obstáculo. Estad segura de todos modos, que no es eso lo que me ha reducido al estado en que me veo. Me siento con suficientes fuerzas para vencer las trabas que dicha circunstancia me opusiera en la vida; pero creo haberos dicho que esto no es mas que el preámbulo de la historia que voy á contaros.

No os admireis de la ingénua audacia de mis confesiones, porque lo primero, no temo que me denunciéis, y lo segundo, que he llegado á un extremo en que es necesario que se decida lo que ha de ser la existencia mia. Vuestros consejos, por lo tanto, serán para mí una sentencia sin apelacion.

Vos no me conoceis, ni me conoceréis mas que por lo que os diga; por lo tanto, no puedo creer que tengais prevenciones contra mí, que os hagan ser demasiado severa conmigo; y si he provocado esta entrevista, es para que me escucháseis antes que os hubiesen hablado en mi favor, ó en contra mia.

Mme. Cros, que por lo que acababa de oír, principió á comprender las maneras de Maricou, hizo una señal de asentimiento, invitándole á continuar.

Maricou prosiguió.

X.

—Era aun muy niño cuando tuvieron lugar los acontecimientos de 1814. Mr. de Chevalaine, que habia sido fiel a la causa de los Borbones, fué á París para obtener la recompensa que creia haber merecido por su silenciosa oposicion, y le prometió á mi madre el realizar á su vuelta las promesas que le habia hecho, que no se habian realizado aun, porque mi madre habia vivido siempre en el castillo en el mismo estado de domesticidad en que habia entrado; y por lo tanto seguia siendo la cocinera de Mr. de Chevalaine.

Sin embargo, creiase tan segura de obtener con el tiempo lo que deseaba, que le vió salir para París sin ningun temor. Preveia que, como otros muchos, no traeria de la corte mas que un desengaño, y contaba con la rabia que se apoderaria de su espíritu para determinarle á celebrar el enlace que le habia prometido. Las previsiones de mi madre se cumplieron.

Mr. de Chevalaine fué desechado é inatendido en la corte. Pero mi madre no habia pensado en que podia encontrar en París los consuelos que pensaba vendria á buscar á su lado.

En efecto; encontró á uno de sus antiguos compañeros de armas de la Vendée que tenia una hija muy hermosa. El caballero de Gamby, que así se llamaba su amigo, era pobre, y Mlle. de Camby acogió con reconocimiento la proposicion que le hizo Mr. de Chevalaine ofreciéndole su fortuna con su mano.

Hasta el momento en que tuvo que llevar su esposa al castillo, no pensó Mr. de Chevalaine en lo inconveniente que era la presencia de mi madre en él.

Mr. de Chevalaine, el cura, fué el que se encargó por lo tanto de darle á mi madre la fatal noticia, y de ofrecerle como compensacion el derecho de propiedad sobre la landa; ventaja bien mezquina despues de lo que habia esperado. No trataré de pintaros la cólera que se apoderó de mi madre al saber tal nueva; pero si el cura se estremeció al oír sus amenazas, en cambio no tuvo piedad de su dolor.

Apenas se vió sola mi madre, se encerró en su cuarto, y durante veinticuatro horas ni pronunció una palabra, ni vió á nadie, ni tomó ningun alimento, ni pudo conciliar el sueño. Luego despues, me ha contado muchas veces la historia de aquellas veinticuatro horas, y os aseguro que si se publicase, seria una historia maravillosa.

Si os contara todos los proyectos que pasaron por su mente, tan rápidamente concebidos como aniquilados, seria pintaros la causa mas horrible que se pudiera formar contra la sociedad, sugerida por el abandono de Mr. de Chevalaine, y que determinaron la conducta que observó desde entonces.

Al dia siguiente buscó al cura y se presentó á él tan resuelta y resignada al parecer, como furiosa y desesperada se habia mostrado el dia anterior.

El cura Mr. de Chevalaine es un pobre hombre, señora; y por lo tanto, se persuadió fácilmente de que la influencia de algunas palabras insignificantes que habia opuesto la vispera á las violentas reclamaciones de mi madre, habian bastado para inspirarla otros sentimientos y arrepentirse de su conducta pasada.

Por lo tanto, cuando le dijo que consentia en alejarse del castillo, pero que la sola gracia que pedia, era la de no perder su puesto; cuando le demostró que no podia retirarse á las barracas en las que correria mil peligros á causa de su traicion; cuando le dijo que comprendia lo loca que habia sido, y que desde el momento en que Mr. de Chevalaine consintiera en dejarla su puesto y asegurarme á mí una módica existencia, seria su mas fiel y humilde sirvienta, el buen hombre se puso loco de contento.

El terror que el pobre cura habia tenido la vispera, el temor de los escándalos que necesariamente hubiesen resultado de la resistencia de Mariana, los clamores de esta y sus acusaciones, todo esto le hizo aceptar sin reparo las proposiciones de mi madre, y se comprometió de hacérselas aceptar á su hermano, y el mismo dia me enviaron á las barracas, en las que me confiaron á una pobre mujer que tenia una hija de mi edad. Aquella niña fué la que se casó luego con Farence: era la Albina, cuyo cadaver reposa indudablemente en el fondo del abismo que fuimos á visitar.

¡Pobre mujer! ha pagado con la vida la desgracia de haber amado á quien no la amaba!

¡Oh! qué historia tan terrible es la mia! qué maldicion habrá echado Dios sobre mí!..... y sin embargo..... hubiera querido ser bueno..... pero estaba señalado por la desgracia.....

Maricou se oprimió la frente con sus manos, y enderezándose de pronto prosiguió:

—No es eso lo que me hace indigno de que me escuchéis. Los crímenes que pesan sobre mí no me pertenecen, porque habeis de saber que el crimen me rodea por doquiera.

Ya lo veréis, os los contaré todos, y os espantaréis.

Ocho dias despues de aquel en que el cura aceptó las proposiciones de mi madre, Mr. de Chevalaine llegó al castillo con su esposa.

A pesar de las protestas de su hermano; á pesar de la seguridad que sobre la sumision de mi madre le habia dado, Mr. de Chevalaine temia el momento de su llegada.

Mi madre era de un carácter demasiado firme para no aparentar el menor disgusto cuando se habia decidido á callar, y fué presentada á su nueva señora con todos los criados de la casa, y si Mme. de Chevalaine reparó en ella, no fué porque mi madre no ocupase modestamente su sitio, sino que la jóven condesa no pudo por menos que notar la hermosura y la juventud de mi madre, y se admiró de que semejante mujer hubiera estado al lado de un hombre soltero en clase de sirvienta durante dos años.

Sin embargo, no se atrevió á creer que Mr. de Chevalaine le hubiese llevado á una casa en que habitaba otra mujer con la que hubiese tenido relaciones mas ó menos íntimas, y ocultó cuidadosamente la sospecha que habia asaltado su espíritu, y la conducta de mi madre debió desvanecerla enteramente. Ni una palabra, ni una mirada, ni un suspiro le advirtieron nunca á Mme. de Chevalaine que tenia una rival en su casa, ó por mejor decir, una enemiga.

Mme. Cros mostró alguna sorpresa, al oír á un hijo hablar con aquella libertad de los sentimientos de su madre; y la mirada que fijó en Pedro fué bastante significativa para que lo comprendiese. Así es que, como si hubiese espresado dicho sentimiento, repuso:

—Os he dicho que tenia que revelaros cosas graves; por lo tanto, permitidme que os hable sin miramientos.

El secreto que tengo que revelaros debe seros bastante indiferente para que os sirvais de él contra otras personas como de un arma terrible.

En cuanto al modo con que hablo de mi madre, tal vez sea digno de vituperio; pero he llegado á un extremo en que no debo ocultaros ninguno de mis sentimientos, porque os he tomado por el juez de mi vida.

Si os ocultase el sentimiento y la rabia que tengo, podriais darme esa clase de consejos que no son mas que un paliativo inútil, en posiciones tan desesperadas como la mia; y cuando os haya mostrado el mal en toda su horrible estension, veréis que es necesario decirme francamente si debo morir ó no.

A pesar de las cosas tan raras que habia presenciado Mme. Cros en aquel dia, se imaginó que habia mas exaltacion que verdad en las palabras de Maricou.

Acostumbrada á leer novelas que la hacían estremecer contándole dramas, que cuando se había pasado su emocion, los llamaba cuentos de viejas, pensó que estaba escuchando uno en vez de leerlo; y por lo tanto invitó á Maricou á que continuase, mas para observar hasta donde podía llegar una imaginacion activa y enfermiza, que para persuadir y aclarar la singular autoridad que había delegado en ella, y que había aceptado mas por curiosidad que con otro motivo.

—En el primer año, prosiguió Maricou, nada turbó la ventura del matrimonio. Mr. de Chevalaine había olvidado enteramente á mi madre. Voluntarioso, voluble, deseando con violencia y desprendiéndose despues de lo que había deseado y obtenido con facilidad, no podía comprender que un alma pudiese abrigar impasiblemente un pensamiento, y esperar la ocasion de conseguirlo sin precipitarse.

Mr. de Chevalaine creía tener asegurada su ventura, tanto por la encantadora dulzura de su esposa, como por las cualidades que la adornaban; y no tardó mucho en tener una esperanza que halagaba su corazon al par que su orgullo.

Bien pronto se hizo público que el mayor de los Chevalaines esperaba tener un heredero que perpetuara su nombre; porque el noble hidalgo no dudaba de que fuese un hijo lo que el cielo le concediera.

Por una fatal ostentacion, Mr. de Chevalaine dió á aquella noticia una solemnidad asombrosa; y no pudiendo anunciarla oficialmente, mandó reunir á toda su servidumbre, y ante ellos publicó el estado en que se encontraba Mme. de Chevalaine.

Mi madre había sido llamada como los demás criados, y dió muestras de la mayor alegría como ellos; pues aunque sabía aquel secreto antes tal vez que Mr. de Chevalaine, había sabido ocultar á los ojos de todos la desesperacion que le había inspirado.

Sin embargo, Mme. de Chevalaine había sabido mi existencia, y aunque no le dijeran toda la verdad, había adivinado lo que le ocultaran.

Era una mujer de un corazon grande y de un talento elevado. Tomó en cuenta la admirable resignacion de mi madre, y con ese tacto tan difícil de hacer el bien santa y noblemente, quiso que el niño desterrado y la pobre olvidada tuviesen una parte de la alegría que tenía el autor de su desgracia. Anunció públicamente que deseaba señalar aquel dia con una liberalidad para todos; y cuando hubo satisfecho la avidez de los unos y la vanidad de los otros, trató de llegar al corazon de mi madre, y le dijo:

—Teneis un hijo que no le veréis mas que algunos momentos, y estos casi furtivamente; yo os habria dado dinero para que lo cuidasen mejor, si no hubiera sabido que gastais en él todo vuestro salario, y que una madre quiere ser siempre la protectora de su hijo. Por lo tanto, no os ofrezco ningun presente ni para él, ni para vos; pero si quereis, le recomendaré al colono del castillo que está cerca de aquí, y podreis verlo todos los dias.

Mi madre, á lo que parece, miró á Mme. de Chevalaine estupefacta, porque dudaba que hubiese un sentimiento tan delicado y tan generoso..... y aquella señora para dar á aquella pobre mujer toda la alegría que podía esperar, añadió:

—Mas tarde harémos otra cosa; y si el cielo me concede un hijo..... le pediré á mi esposo que el vuestro entre en el castillo.

Esta proposicion destruyó todo el efecto de la primera, y mi madre le respondió con un tono tan respetuoso como decidido:

—Os doy gracias, señora; pero mi hijo nunca será un criado del vuestro.

—No lo comprendia así, repuso Mme. de Chevalaine, que creyó entrever que un profundo sentimiento fermentaba en el fondo de aquella alma tan tranquila en apariencia; pero puesto que no os conviene lo que os propongo, prosiguió la condesa, hé aqui una cantidad igual á la que he dado á vuestros compañeros.

Mi madre era de hierro, señora, porque á aquellas palabras, á aquel horrible insulto que tanto la rebajaba, y que la hirieron como si le hubieran dado con el látigo de la ignominia, aparentó un aire satisfecho, tendió la mano, recibió el dinero y le respondió:

—Gracias, señora; con esto le compraré un vestido nuevo..... Gracias.

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuacion.—Véase el n.º 44).

Cuando venga la dama con su manto negro como las tinieblas, no podrá besarla en la frente.

Ni recogerá sus rizos con las delgadas manos. Já, já, já, qué chasco va á llevarse la dama negra.

—Martin, calla, le interrumpió la niña con imperioso acento.

El loco obedeció.

—¿Dices que ya no la veré mas?

Y Lia al hablar así, lloraba amargamente.

—El cuervo graznaba esta tarde cuando el sol iba á acostarse; pero yo mataré al cuervo, murmuró el jóven.

—Tú te quedarás en Madrid, y cuando vuelva esa á quien llaman la dama negra, la dirás.....

—Yo no la diré nada.

—¿Por qué?

—Porque ella sabe que la niña del cabello de oro se marcha esta noche.

—¿Quién se lo ha dicho? has sido tú por ventura?

—No, no; yo no la he visto, pero lo sabe ya.

—Es verdad, ella lo sabe todo.

Lia volvió á quedarse meditabunda.

Martin seguía de rodillas contemplándola con místico arrobamiento.

Quien hubiera visto en aquella ocasion su apenado semblante, no le calificara de loco.

No era la locura lo que en él se veía.

Era sí el sentimiento de cariño mas acendrado y respetuoso que abrigar puede el humano corazon.

El alma de aquel pobre mancebo, pura como la oracion que un niño dirige á la santa Virgen, se asomaba á los melancólicos ojos mostrando su resplandor misterioso en una lagrima que de

ellos se desprendía, lágrima santa de sublime expresion y entrañable afecto.

La gacela iba á volar, y esto era todo.

La gacela estaba triste como él, y como él lloraba.

—Martin, dijo Lia saliendo de sus meditaciones; ¿vendrás conmigo á Valdemoro?

—Mucho lo siento; pero necesito quedarme aquí, contestó Martin dulcemente.

—¿Qué es esto? quieres abandonarme? no sabes que voy á estar muy triste en mi retiro?

—Yo no puedo salir de aquí hasta que el cuervo muera; mientras esto no suceda, no estaré yo tranquilo, porque mi hermana está en peligro y yo debo velar por ella.

—Deliras, pobre Martin.

Y Lia miró al jóven con dulce y compasiva tristeza.

—No, no deliro; la dama negra dice lo mismo que yo.

—Sí, es verdad, murmuró Lia reflexionando: esa mujer, á quien no sé si calificar de tal, tan fantásticas son sus apariciones, me dice que estoy espuesta á un peligro; mi padre acaba de asegurarme lo mismo hace un momento, y tú opinas de igual modo..... Señor, ¿qué peligro es ese que ven todos cuantos me aman y que yo no presiento todavía?

—No llores, hermana mia: tu llanto derrama en mi corazon una tristeza profunda; no llores, que tus hermosos ojos, azules como el cielo, se ponen rojos y encendidos. Yo no iré contigo á Valdemoro; desde aquí velo por tu tranquilidad.

Entre la dama negra y yo tejerémos una red espesa, muy espesa y tupida: la pondrémos en lo alto de la torre para que cuando el cuervo negro salga á volar por la ciudad, se enrede en ella y no pueda romperla; entonces yo le mataré con mi cuchillo, y con la mas gruesa de sus plumas mojada en su sangre, te escribiré para que vuelvas.

Y tu volverás y pisarás con tu lindo pié el súcio cadáver del cuervo.

La dama negra peinará tus cabellos rubios como el sol.

Yo sentado á tus piés, contaré historias que te embelesarán.

De noche, cuando todo duerme y reposa en el silencio, yo salgo de mi habitacion y me siento en la azotea.

Luego que estoy allí, aparece la luna, saliendo de entre una blanca nube.

¡Qué buena es la luna!

Al verme se regocija, porque la luna quiere mucho al pobre Martin.

Y se acerca á mi oido para contarme historias tan bonitas como puede contarlas ella.

Ya verás qué cosas tan lindas sabe el loco.

El pobre Martin se reía con la inocencia de la primera edad.

Lia ni aun le escuchaba.

La puerta de la habitacion se abrió en este momento y apareció Berta con su feo y ceñudo semblante.

Martin huyó precipitadamente derribando un sillón.

Al ruido que hizo se levantó Lia.

—Vamos, niña, ya está corriente la litera; es preciso marchar antes que venga el dia.

—Tengo que esperar á mi padre, que no tar-

dará en venir, murmuró la doncella con disgusto, como lo hacia siempre que hablaba con Berta.

—Vuestro padre no vendrá hasta mañana; me ha dado sus órdenes al marcharse, de modo es que no hacemos ya sino perder el tiempo.

—Partamos, pues, dijo la niña con triste acento, dirigiéndose hácia la puerta.

Al pié de la escalera, y escondido detrás de uno de sus pilares, estaba Martin que, al pasar Lia, la tiró suavemente del vestido, mostrándola un bulto que apenas se divisaba en lo último del zaguán.

Era la dama negra.

IV.

UNA SALVE Y DOS JURAMENTOS.

Cuando el desconocido caballero salió de la morada de Isaac, la calle estaba desierta y oscura como boca de lobo.

La modesta lámpara que delante del nicho de la Virgen ardia todas las noches, se habia apagado quizá por falta de aceite, aun cuando en aquella época no habia serenos.

Esta circunstancia hizo que no fijase su atención en un misterioso bulto que se ocultaba detrás de la esquina fronteriza á la casa del judío, y que sin duda esperaba la salida del caballero; pues así que este empezó á dar el primer paso en la calle, el citado bulto, ó mejor dicho, la sombra salió de su escondite, y con todas las precauciones de una fantasma discreta que no quiere importunar á nadie con su aparicion, fué deslizándose poco á poco por junto á la pared, como resbala la llama de una lamparilla agitada por el aire en el borde del vaso que la encierra.

El desconocido, sin apercibirse de ello, y queriendo guardar el incógnito, como si las tinieblas no lo hiciesen cumplidamente, volvió á subir el embozo de la capa y á bajar el ala del sombrero.

No obstante, hemos visto que la oscuridad no fué muy discreta en aquella ocasion, puesto que habia una sombra que iba en pos del caballero, señal evidente de haber sido descubierto.

Y lo mas raro de todo, sin duda alguna, era el que, no habiendo una luz en toda la calle, existiese una sombra.

Pero hay sombras tenaces para quienes la luz nada supone, y la de la que nos ocupamos, debia serlo en grado superlativo y heróico.

Ello, en fin, es que el caballero marchaba con desenfado, sin imaginar siquiera lo que detrás llevaba.

De esta manera iban ambos á dos subiendo la pendiente de la calle del Almendro, con direccion á Puerta de Moros.

Estaba serena la noche y por demás deliciosa y apacible.

Una brisa juguetona y suave se agitaba blandamente, viniendo del campo refrescada en la corriente del embustero Manzanares.

Las estrellas brillaban con su misterioso resplandor, haciendo del firmamento un manto azul agujereado que una mano invisible hubiese entendido delante de una inmensa hoguera.

El silencio que reinaba permitia oír el canto de las codornices y el melancólico chirrido del grillo.

Grato es en verdad vagar errante una noche

de verano por una calle tortuosa y escusada, sin temor de ser incomodado por el ruido y la algazara que alejan mil dulces pensamientos de la imaginacion.

A veces el sonido de un instrumento cualquiera, que derrama en el espacio su grata armonía en notas sencillas y apasionadas, llega á nuestro oído, produciéndonos un encanto indefinible que embarga de placer el corazón.

El aspecto de una ciudad á la luz del dia es un cuadro animado y de estudio para el hombre observador; pero durante la noche, cuando sus calles están desiertas y no brilla ninguna luz en las habitaciones, cuando la pálida claridad de la luna, que como ha dicho muy bien un poeta contemporáneo, pinta solo los espectros de las cosas; el fulgor de las estrellas, el vuelo rápido de las nocturnas aves, y esos mil ruidos, imperceptibles apenas, que emanan del mismo silencio, imprimen en su recinto un carácter particular de grandeza; encuentra el corazón tristes emociones, semejantes á las que se experimentan cuando en la estrecha galería de un cementerio leen los ojos del alma trás la fúnebre lápida de un nicho el secreto de la vida, revelado en podridos caracteres de huesos, polvo y gusanos.

Así nuestro desconocido al avanzar en la oscuridad de la calle, seguido siempre del misterioso bulto, iba poco á poco acortando el paso y cediendo á los pensamientos que se agrupaban en su imaginacion, como se agrupan y condensan las nubes en el firmamento antes de estallar la tempestad.

Solamente que los del caballero nada tenían de poéticos ni elevados, ni entraba en consideraciones sobre las maravillas de la naturaleza en una noche tranquila, ni mucho menos filosofaba sobre la nada de la vida y lo precedero de todos sus terrenales encantos.

Como hombre para quien estas cosas nada suponen ni encierran ninguna idea capaz de detener un solo instante el vuelo de su imaginacion, apretaba entre sus dedos en el fondo del bolsillo la caja de madera donde suponía el medallon, que, gracias á la blanca mano que asomó por la puerta secreta en la habitacion del judío, habia cambiado de dueño.

Endicha caja cifraba tal vez la esperanza de una gran fortuna, y acaso mas aun, cuando á tan alto precio la habia comprado; y decimos que más aun, puesto que Isaac le ofreciera una fortuna por el papel que encerraba el medallon, y él no quiso aceptarla.

Papel de gran valía era á no dudar, y segun el caballero afirmaba, podia hacerse con él mucho aire á quien tuviese mucho calor.

Mientras que así se entregaba á ilusiones mas ó menos realizables, y procuraba distraerse con sus propios pensamientos, la sombra que tan tenazmente le seguía, se deslizó con rapidez por una callejuela estrecha, perdiéndose entre las espesas tinieblas.

Pocos momentos despues, llegaba el caballero á la plazuela de Puerta de Moros.

Mas al tiempo de doblar la esquina de la calle del Almendro, recibió tan fuerte en el pecho por un hombre que caminaba en sentido opuesto, rezando en alta voz y con ferviente entusiasmo una devota salve, que en poco estuvo

de caer por tierra, teniendo que apoyarse en la pared para que esto no sucediese.

Aquel hombre era el bulto en cuestion.

Dos enérgicos juramentos pronunciados en buen castellano con la espresion del coraje, se mezclaron por un momento con las místicas frases del atropellador.

—¡Cuernos del diablo y que de prisa caminais! Lléveme Belcebú si no me habeis deshecho las narices.

—Perdonad, señor caballero, contestóle el hombre fantasma con humilde acento.

—¡Calle! dijo el caballero sorprendido; ¿yo conozco esa voz!

—Tambien la vuestra ha sonado en mis oídos antes de ahora, y si no me engaño, sois D. Juan Mondejar.

—Y vos, Lopez, el honrado sacristan de santa María.

—Ciertamente, Sr. D. Juan, el mismo soy para servirlos.

—¿Y dónde diablos ibais con tanta celeridad, en faz de atropellar esquinas y guardacantones!

—Retirábame ya, mi querido señor, hácia mi chiribitil. He estado algunos instantes en la hosteria del Compadre con varios amigos; pero siendo algo avanzada la hora, y no entrando en mis hábitos el trasnochar, iba á recogerme, cuando ha sucedido el incidente.....

—Que á poco me deja sin narices, le interrumpió D. Juan: vamos, buena pieza, ya que mi mala estrella me ha deparado este encuentro, con detrimento de mi persona, venid á vaciar conmigo una botella y hablarémos.

Como hemos visto, el sacristan mentía con regular descaró al asegurar á D. Juan que habia estado en la hosteria. Quizá con la salve que iba rezando al encontrarse con él, pensaba atenuar el pecado de no decir la verdad, cosa muy admitida ya en aquel tiempo entre muchas gentes, siquiera fuesen sacristanes los que incurriesen en aquel pecado.

Al oír la proposicion del caballero, se estremeció de satisfaccion, aunque procuró reprimirse para no ser notado este movimiento, y con voz gangosa:

—Siento mucho, dijo, no poder complaceros disfrutando de ese honor; pero por esta noche me es imposible.

—Vamos, señor melindroso, no vengais haciéndoos el hipócrita con quien, como yo, estima en lo que vale la falsedad de vuestras acciones y palabras. Os he dicho que tenemos que hablar, y aun añadido á mi proposicion un par de botellas de buen vino, ¿y quereis largáros?

—Señor, yo agradezco.....

—Digo que no admito réplicas; venid conmigo á la hosteria, ó por Judas, que os hago una sangria en el corazón.

El sacristan debia conocer muy bien al caballero, y este cumplía sin duda con religiosidad sus promesas.

Decimos esto, porque el buen Lopez, manso como un cordero, y sin replicar una palabra, trató de ponerse en marcha.

Pero en el momento de echar á andar hácia la hosteria, asióle D. Juan fuertemente de un brazo, y ambos á dos se ocultaron detrás de la esquina.

Hácia la calle del Almendro se oía un rumor

de pasos que iba acercándose poco á poco, y aun cuando las tinieblas eran espesas, mirando con cuidado por la línea de la tapia, podía verse un bulto que avanzaba con rapidez.

Lopez y D. Juan esperaban.

No tardó en presentarse á sus ojos un hombre envuelto entre los pliegues de una capa, con un gorro en la cabeza, que saliendo de la citada calle, atravesaba la plazuela con direccion á la hostería, y que pasó casi rozándoles, aunque al parecer no reparó en ellos.

Al abrir la desvencijada puerta de aquel digno establecimiento, se iluminó un instante la calle, destacándose fuertemente el vigoroso contorno de su figura en aquel cuadro de luz; despues la oscuridad volvió á reinar.

—¿Y bien, dijo el sacristan al caballero que se habia quedado meditabundo, entramos?

—Espera, le contestó D. Juan, soltando el brazo, no se si debemos ahora.....

Y despues de un momento añadió:

—¿Has conocido á ese hombre?

—¿A cuál? preguntó Lopez haciéndose el distraido.

—¡Trueno de Dios! al que acaba de pasar por aquí limpiándonos las narices con el terciopelo de su gorro.

—Iba tan liado en su capa, que no he tenido tiempo mas que para ver cómo desaparecía.

Esta era la segunda mentira que pronunciaba el sacristan desde que topó con el caballero; habia reconocido perfectamente al hombre en cuestion.

(Se continuará).

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el n.º 43).

Asi es que cuando echa flores y frutos, continúa cubriéndose, aunque no se halle sobre su primer tallo. Se arrancan siempre los botones de los extremos de las ramas que se destinan para árboles pequeños, lo que les impide alargarse, obligándoles á arrojar otros botones y ramitas laterales. Estas están unidas con hilos de alambre, y toman el vicio que el jardinero quiere darles.

Cuando se haya notado que el arbolito parezca viejo y decrepito, se le untará en varios puntos con triaca ó melaza, que quita multitud de hormigas, que, no contentas con devorar estas materias, atacan la corteza del árbol y la destruyen de tal suerte, que bien pronto producen el efecto deseado. Los procedimientos que se emplean en estas ocasiones son algunas veces tenidos como secretos por los jardineros, quienes varían espresamente en su manera de obrar; pero los principios que los dirigen están suficientemente esplicados con lo que acabamos de decir. Sus invenciones prueban mas su paciencia y su destreza que no que su método marque el gusto; porque este consiste en secundar á la naturaleza en el perfeccionamiento de sus obras, no en contrariar sus operaciones y mutilar sus producciones.

Entre tanto que los viajeros examinaban relativamente los objetos espuestos en la sala de audiencia, la llegada del gobernador llamó de repente su atencion que se hallaba distraida en estos sitios.

Aquel empleado iba acompañado de un magistrado civil, que se distinguía por un bordado que

formaba un cuadrado sobre su pecho, y en el que se veía representado con seda de varios colores un pájaro imaginario, que es el fénix de los chinos. El gobernador tenia, por el contrario, sobre su ropa un bordado que presentaba la figura de un tigre, para sus funciones militares: este animal es el emblema bastante verdadero de los males que la guerra ocasiona; tenia además un pájaro que, en la antigua mitología de Europa, anuncia la sabiduría, la cual debe ser una de las cualidades propias de la magistratura. Los dos empleados y algunos de sus subalternos se colocaron en los sillones cubiertos de escarlata de Inglaterra, y los ingleses se sentaron en sillones parecidos, que se hallaban frente por frente de ellos.

Pasados los primeros cumplidos, se sirvió el té; acto continuo el magistrado hizo un discurso que pronunció con tonos muy variados y acompañó de muchos gestos, por lo que se pudo juzgar, habia querido desplegar una elocuencia que fué perdida para la mayor parte de sus oyentes. Pero el sentido de sus palabras fué, que la costumbre de navegar de provincia en provincia á lo largo de las costas, habia sido en todos tiempos la de los chinos; y en su consecuencia debia ser seguido con preferencia en las circunstancias en que se encontraban; que Chu-San no era sino un puerto dependiente del gran puerto de Ning-Poo, y no podia suministrar tantos pilotos como se le pedia.

A esto se le contestó simplemente que las dimensiones y la construccion de las embarcaciones inglesas exigian un método diferente de la que los chinos tenian costumbre de seguir, y que puesto que Ning-Poo podia suministrar pilotos que no se encontraban en Chu-San, se hicieran marchar al punto á buscarlos allí.

El gobernador pareció al momento alarmarse con esta intencion, y dijo que la salida de los ingleses para Ning-Poo haria creer al emperador que habian quedado descontentos del recibimiento de Chu-San, lo que probablemente le haria perder su plaza y su dignidad. Al pronunciar estas últimas palabras, señalaba con el dedo un boton rojo y redondo que llevaba en su gorro, y que anunciaba que pertenecia á la segunda clase de los oficiales del imperio. Las clases de personas empleadas en la administracion eran nueve, y fuera de estas no hay rango ni dignidad.

No queriendo el gobernador correr el riesgo de decaer de la gracia, procuró sin pérdida de tiempo encontrar hombres á propósito para dirigir la escuadra para el viaje que queria hacer. Dió órdenes para que se buscasen por la ciudad los marineros que se supiera habian estado en Tien-Sing. Al momento que se presentaron, se les examinó en particular de sus conocimientos náuticos. Por último, habia dos entre ellos que habian frecuentado mucho el puerto de Tien-Sing; pero que despues de algun tiempo habian dejado el mar: estos dijeron que la navegacion por la mar Amarilla no era ni difícil, ni peligrosa, al menos para las embarcaciones de las dimensiones que tenian costumbre de atravesarla; que á la entrada del rio Pei-Ho se encontraba un banco de arena, por donde se iba á Tien-Sing, cuyo banco de arena impedia entrar en el rio á las embarcaciones que necesitasen mas de 7 á 8 piés de agua; pero que en uno ó dos dias de navegacion, las embarcaciones mas fuertes podian encontrar un puerto seguro en la isla del Mia-Tan.

Al punto los dos marineros recibieron orden del gobernador para pasar á bordo del *Clareuse* á fin de unirse á la escuadra y conducirla á la isla de Mia-Tan ó á la mas próxima de Tien-Sing que fuera posible. Pero estos hombres se hallaban establecidos en Chu-San y allí tenian sus familias, de las que no se hallaban dispuestos á separarse: ellos declararon que su ausencia perjudicaria á sus negocios: se prosternaron ante el gobernador, suplicándole les dispensara el emplearles en esta ocasion.

Los ingleses no podian hablar por estos hombres sin renunciar al mismo tiempo á tener pilotos, y con ello comprometer la seguridad de la escuadra. El gobernador declaró que la voluntad

del emperador debia ser ejecutada y no quiso escuchar ninguna representacion.

Mientras que los pilotos se apresuraron á ir á prepararse para este servicio inesperado, los viajeros volvieron á bordo del *Clareuse* á fin de no retardar la salida. Apenas habian llegado cuando el gobernador se presentó allí. La curiosidad no tenia sin duda menos parte en aquella visita que la política. La altura de los palos, la manera de colocar las velas por encima unas de otras, y la destreza de los marineros al escalar las maromas, cautivaron sobre manera la atencion de este empleado. Los navios chinos tienen algunas veces una gavia de tela por encima de su vela grande; pero esta última está siempre hecha de esterilla, á través de la cual se coloca paralelamente barras de bambú ó palos nuevos, é igualmente notable por su dureza y ligereza. Los marineros suben sobre estas barras cuando es necesario que suban á lo alto de los palos; pero por lo general hacen sus maniobras sin dejar la cubierta.

Mientras que el *Clareuse* se hallaba en el puerto de Chu-San, uno de los ingleses, que habia comido en tierra frutas ácidas, se vió atacado de un fuerte *cólera-morbo*. Como no habia médico ni farmacéutico á bordo, se pidió un médico chino para que diera al punto remedios que aliviasen los fuertes dolores que sentia el enfermo. Bien pronto se presentó un doctor. Sin hacer gregunta alguna sobre la naturaleza y causa de la enfermedad, tomó el brazo izquierdo del enfermo con mucha dignidad, y le tactó ligeramente el pulso con sus cuatro dedos.

Acto continuo levantó uno de ellos, y continuó con los otros tres comprimiendo el pulso, despues con los dos, y por último con uno solo, cambiando de posicion repetidas veces, y paseando su mano atrás y adelante como sobre una clave, desde la muñeca hasta el sitio en que el pulso dejaba de sentirse. Durante todo aquel tiempo guardó el mas completo silencio. No miraba al enfermo, pero tenia fija su vista, como dando á entender que él creia que cada enfermedad debia estar indicada por los latidos de la arteria, y ser distinguida por un práctico atento. El declaró que aquella para la que se le habia llamado, provenia del estómago, lo que era muy evidente, segun los síntomas que probablemente habria experimentado antes de venir á bordo, y que cedieron bien pronto á los remedios que administró al enfermo por solicitud propia.

Desde que los pilotos pasaron á bordo del *Clareuse*, este brik salió del puerto de Chu-San y fué á unirse al *Lion*, siguió la isla de Sarahgally, donde el viento les faltó de repente, siendo al mismo tiempo conducidos por una corriente, que le hizo volver muchas veces como un torbellino y con un gran impetu. En este remolino se encontró el hauprés varias veces á solo algunos piés de distancia de unas rocas que se levantaban perpendicularmente del seno del mar. Los pilotos, para quienes no era nueva aquella situacion, sirvieron de mucho, impidiendo se verificase la alarma, y asegurando que no habia ningun riesgo que temer. Efectivamente, la marea separó bien pronto al brik lejos del torbellino, y ancló la misma noche fuera del extremo septentrional de Lowang. Al dia siguiente pasó el estrecho de Gough, y se juntó al *Lion* en el fondeadero que ya hemos descrito.

Durante la ausencia del *Clareuse*, la diputacion de Chu-San y la del gobernador general de la provincia habian pasado cerca del embajador y su comitiva para las fiestas que se preparaban en tierra. Pero se escusó alegando que le era preciso continuar inmediatamente su viaje, para pasar á la corte del emperador.

La parte de la costa de la China que la escuadra habia ya recorrido desde la frontera oriental de Tunquin hasta las islas de Chu-San, comprende mas de un millar de millas náuticas que tienen una sesta parte mas en sus millas inglesas ordinarias. Pero aun quedaba mucha mas estension de costas, desde las islas de Chu-San al puerto mas cerca de Pekin, al golfo, al cual esta capital da su nombre.

En Chu-San la escuadra se encontraba en los

límites mas lejanos, donde aun no habia llegado la navegacion europea. La mar, que allí se estiende hasta 10 grados de latitud y 6 de longitud, era enteramente desconocida, escepto á los que habitan á sus orillas. En aquella mar es donde vienen á parar las aguas del gran Wang-No ó rio Amarillo. Arrastra en su largo y tortuoso curso, una gran cantidad de limo amarillo, que es á lo que debe el epitelo que le distingue, y que al comunicarse en la mar, mezcla con ella sus olas.

La mar Amarilla se halla limitada por la China, la Tartaria y la Corea. No era pequeña la ventaja que se habia procurado para el embajador, como el haber tenido la ocasion de recorrer sin riesgo una estension de mar tan considerable, bajo la direccion de hombres que tantas veces habian navegado. De los dos pilotos que con este designio tomaron en Chu-San, el uno se quedó á bordo del *Lion*, y el otro se le envió al *Hindustan*. Aunque obligados á este servicio, se mostraron con empeño en desempeñar todo aquello de que fuesen capaces.

Cuando un piloto europeo llega sobre la cubierta de una embarcacion, á bordo de la cual se requiere su asistencia, se apodera al punto del timon, y parece un dictador romano; ejerce sus funciones mientras que todas las demas autoridades están en suspenso, ó solamente se ponen en juego para aumentar la obediencia debida á sus comandantes absolutos. Pero los chinos tomados para dirigir la escuadra, estaban asombrados de la novedad de su situacion entre estrangeros, para mezclarse en muchas cosas. Observaban, sin embargo, con mucho cuidado los preparativos para la continuacion del viaje, y todas las maniobras de las embarcaciones. Cada uno de ellos habia llevado una pequeña brújula; pero no tenían ni cartas ni instrumentos para determinar las latitudes. Es verdad que la experiencia local de los pilotos inteligentes es mirada como suficiente, con relacion á las costas que frecuentan. Sin embargo, no es raro tener, á bordo de las embarcaciones chinas, cartas ó diseños del camino que quieren hacer, y de los promontorios vecinos; todo esculpido ó grabado en calabazas cuya figura corresponde, de alguna suerte, á la figura de la tierra.

Este parecido puede haber contribuido algunas veces á hacer estos diseños menos erróneos; pero tienen una ventaja debida solo á la casualidad. Ni los astrónomos, ni los navegantes chinos, han renunciado enteramente á estas nociones groseras, que por mucho tiempo han hecho creer al género humano que la tierra entera era una superficie plana: creen al mismo tiempo que su imperio se halla situado en el centro de aquella superficie, y esta es la razon de que llamen con énfasis el *Imperio del centro*. Segun ellos, los demás países que le rodean, son estremadamente limitados, y situados próximos á la tierra, al lado de los cuales todo debe ser precipicio y horrible vacío.

Aquella ignorancia de la forma de la tierra impide á los chinos el intentar determinar la latitud y longitud de sus diferentes partes, por la observacion de los cuerpos celestes y progresos de la navegacion. Pero las demas naciones, aun aquellas entre las cuales los filósofos tienen hecho importantes descubrimientos, raras veces los aplican á cosas útiles, hasta que el gran inventor, las artes sociales y la necesidad les lleva á hacer esfuerzos extraordinarios. A pesar de su ciencia, á pesar de la fecundidad y delicadeza de su imaginacion, jamás llegaron los griegos al punto de determinar con sus instrumentos la posición de una embarcacion en el mar. Se contentaban con poder conocer lo que les hacia falta, respecto á esto, observando durante la noche las estrellas, y por el dia alguna parte de la costa del Mediterráneo, ó alguna de las numerosas islas de que está sembrado, porque no era sino en aquel mar donde ordinariamente navegaban. Los chinos tienen la misma ventaja que los griegos. Sus mares se parecen al Mediterráneo por la estrechez de sus límites y las numerosas islas que allí se ven por todos lados. Se debe tambien observar, que el perfeccionamiento en la navegacion entre los europeos, data de la mis-

ma época en que sus pasiones y necesidades los obligaron á emprender largos viajes por el inmenso Océano.

En cuanto á la brújula se halla muy generalizada entre los chinos: la aguja imantada de que se sirven, escude raras veces en una pulgada de largo, y no tiene una linea de espesor. Se halla suspendida por uno de sus delgados extremos, y es singularmente sensible, es decir, que parece moverse á poco que cambie de posicion la caja donde se encuentre colocada, hácia el este ó oeste, aunque de hecho la naturaleza del iman y la perfeccion de la máquina que le contiene, consisten en que la aguja está privada de toda mocion, y permanece constantemente apuntando hácia la misma parte del cielo, cualquiera que pueda ser la velocidad con la cual vuelva la caja del compás ó los demás objetos que le rodeen.

Después de lo que Mr. Baron ha observado, esta regularidad de la brújula china es el efecto de una invencion particular. Se aplica un trozo de cobre delgado alrededor del centro de la aguja, y se le fija por los bordes sobre la parte exterior de su pequeño corte hemisférico del mismo metal, el cual está doblado. Este corte recibe un eje de acero que sale de una cavidad hecha en un trozo de madera redonda y muy ligera, ó de corcho, que forma la caja de la brújula. La superficie del corte y la del eje se hallan perfectamente pulimentadas, á fin de evitar, cuanto sea posible, toda especie de roce. Los bordes del corte son proporcionalmente anchos, unidos á su peso, y hacen que, con su posicion horizontal, tiendan á conservar el centro de gravedad en todas las situaciones de la brújula, casi en coincidencia con el centro de suspension. La cavidad en la que la aguja se halla de esta suerte suspendida, tiene una forma circular, y no es mas que suficiente para recibir la aguja, el corte y el eje. Por encima de esta cavidad hay una pieza delgada de talco trasparente, que impide que la aguja no se impresione por el aire exterior, pero permite fácilmente observar su menor movimiento.

La pequeña aguja de la brújula de los chinos tiene una gran ventaja sobre las que se usan en Europa, relativamente á la inclinacion hácia el norte; lo que en los últimos exige que un extremo sea mas pesado que el otro para contrabalancear la atraccion magnética. Pero esta necesidad siendo distinta en las diferentes partes del mundo, la aguja no puede ser verdaderamente exacta sino en el punto donde ha sido construida. En las cortas y ligeras agujas suspendidas, segun el método de los chinos, el peso que se halla debajo del punto de suspension es mas que suficiente para vencer el poder magnético de la inclinacion en todas las partes del globo. Asi estas agujas jamás tienen el desvío en su posicion horizontal.

Sobre la superficie exterior de la caja se ven lineas concéntricas ó círculos proporcionados á aquella caja, que rara vez tiene mas de cuatro pulgadas de diámetro. Estos círculos se distinguen por diferentes caracteres. Hay en ocho marcados en este centro, cuatro de los cuales indican los cuatro puntos cardinales, es decir, el Este, Oeste, Norte y Sur, y los otros intermedios. Los mismos ocho caracteres significan tambien las ocho divisiones naturales del dia ó del tiempo, durante el cual la tierra gira sobre su eje, prosiguiendo su curso alrededor del sol. Cada una de estas divisiones es consecuentemente de tres horas, y los caracteres que las distinguen están colocados casi frente por frente de la posicion en que se encuentra el sol en las diferentes partes del dia: el primero, por ejemplo, empezando por levantar el sol, está de cara á Oriente. Esta division se encuentra perfectamente de acuerdo con la primera brújula, que se dice haber aparecido en Europa á principios del siglo XIV. Esto no es sino que á medida que los marinos han llegado á ser mas experimentados y exactos en sus observaciones, este instrumento ha sido subdividido en treinta y dos puntos.

Sobre otro círculo de la brújula china están trazadas veinticuatro divisiones, sobre cada una de las cuales hay un carácter que marca la parte

24 del cielo, y otra igual del dia. Segun esta division, cada punto ó 24 parte de la brújula comprende un número integro de quince grados, sobre los trescientos sesenta, en los cuales se ha convenido en dividir todos los círculos de la esfera celeste, la que probab lemente ha principiado en aquella época antigua, en que se suponía que el sol hacia su curso aparente de trescientos sesenta dias.

(Se continuará).

Nuestros lectores habrán observado que no damos cabida en las columnas de la LECTURA PARA TODOS á composiciones poéticas, las cuales por lo comun suelen estar inspiradas por asuntos frívolos. Hoy, sin embargo, nos apartamos de esa conducta, con motivo del grande interés absoluto y de actualidad que tiene la siguiente composicion del Sr. Mata. Creemos que el público recibirá con el mismo placer que nosotros, esa patriótica produccion de tan inspirado poeta, y que nos disimulará el desvío de nuestro propósito, en gracia del autor ventajosamente conocido en la república de las ciencias y las letras, del importante asunto que canta, y de las bellezas de todo género que abundan en ese enérgico canto, debido al mismo sentimiento que animaba á Tirteo, á Teodoro Koerner y al inmortal Quintana.

Á LA GUERRA DE ÁFRICA.

Allá, en la Mauritania tingitana,
Donde la raza de Boabdil alienta,
El rudo Bereber, ¡oh torpe afrenta!
Pisando está la enseña castellana.
Con insolencia insana
Borra el confin que opuso la cultura
A la barbarie impia;
Rasga tratados que con dolo jura;
Asocia á la perfidia la osadia,
Y antes que avise su clarín de guerra,
Por no enemiga tierra,
Rompiendo toda valla,
Desborda sus salvajes escuadrones
Y avanza en desatados pelotones
A sorprender, no á presentar batalla.
Del áspero *Sah'el* la breña ruda,
Del proceloso Atlántico las olas
Hurgan la audacia de esa raza cruda,
Que así cobarde su flaqueza escuda,
Para insultar las armas españolas.
Si al rábido rugir del recio Noto
Que encrespa de la mar las ondas bravas,
Pobre bajel desmantelado y roto,
Rebelde á su piloto,
Demanda amparo al Riff; hordas esclavas
De bárbaros Xerifes, esparecidas
Por cabos ó bahías, ó escondidas
En insidiosas calas,
Las aguas con vista ávida recorren,
Y con granizo de silbantes balas
A los errantes naufragos socorren.
Y cuando el bravo mar, mas compasivo
Que esas feroces tribus, convulsivo,
Las victimas arroja á las arenas,
Sobre ellas, de vil oro sitibundas,
Se lanzan iracundas,
Las cargan de baldon y de cadenas;
Las venden como infame mercancía;
O en el momento de estampar su planta
En la implacable costa, su garganta
Sirve á la gumia atroz de vaina impia.
Tal vez, tranquilo el mar, echado el viento,
Una inesperta quilla,
Rozando incauta la rifeña orilla

Criados cobertizos.



—Tengo prisa, D. Alberto; no puedo detenerme.
 —Que va a venir pronto mi mujer, y ella sabe dónde está eso.
 —Su mujer de V., D. Alberto, no vendrá tan pronto.
 —¿Cómo que no? Ha salido a misa con el criado, y hace ya una hora.
 —¿A qué iglesia?
 —A Santa Cruz.
 —Sin duda no ha llegado a tiempo, y se ha ido a San Luis.

—¿Pues cómo?
 —La he visto atravesar la Puerta del Sol; y como está lloviznando, la acompañaba, no el criado, sino un mocito con paraguas.
 —¿No es posible! A 52 años no se hacen esas calaveradas.
 —Dios me libre de pensar mal, D. Alberto; pero un mozo de 18 años vuelve calavera a una mujer de 50.
 —¿Y el criado?
 —Habrá perdido de vista a su ama.

Se mece sobre el liquido elemento.
 ¡Funesto arrobamiento!
 Cisne que cruza mansamente el lago,
 Inocente gacela,
 Que bebe en un remanso del gran Nilo,
 Sienten primero el golpe que el amago,
 Que no sobre ellos corre, sino vuela
 Verdoso cocodrilo.
 Así la pobre vela,
 En ese mar de maldicion dormida,
 Antes que sospechar la acometida,
 De un cárabo feroz se ve apresada,
 Y hácia una oculta cala remolcada,
 Tras hórrida matanza es sumergida.
 Y esos horrores de barbarie loca,
 Baldon y oprobio del linaje humano,
 Rasgos no son de un páramo africano,
 Que con los lindes de los Cafres toca.
 En frente están de la artillada roca
 Que esconde hijos de Albion en sus entrañas,
 De las columnas de Hércules al lado,
 A tiro de cañon de nuestra Almina,
 En tierra, en fin vecina,
 Bañada por un mar siempre surcado
 Por cultos y potentes pabellones,

Por gentes y naciones
 Que son de orden social tipo y dechado.
 ¡Oh mengua sin igual! ¡Y eso toleran
 Tantas naciones del derecho emporio!
 ¡Y sufren ese inculto territorio,
 Donde jamás las razas degeneran
 De aquella fiera estirpe primitiva,
 Que ni Fenicia, ni Cartago altiva,
 Ni Roma domeño; que ni el profeta,
 Salido de Medina, la sagrada,
 Ni el Turco, en su invasion desenfrenada,
 Ni el Vándalo feroz, que cual cometa,
 Cual lava de un volcan abrasadora
 En desiertos trocó la tierra mora,
 Nunca ni a ley ni a Dios miró sujeta!
 ¿Qué pudo recabar el Lusitano,
 Ni el rey D. Sebastian, que, en gloria ardiente,
 De los tres reyes la batalla ingente,
 Dió en Alcázar-Kebir; ni del cristiano
 La vencedora espada, que, á la orilla
 Del Darro y el Genil, vengó terrible
 Del Guadalete la derrota horrible;
 Ni aquella escelsa reina de Castilla,
 Que su conquista aseguró lanzando,
 Al otro lado del Estrecho, el resto

Del circunciso bando,
 A España en siete siglos tan funesto;
 Ni su pendon, que en los recuerdos brilla
 Plantado en Alhucemas, en Melilla
 En el Peñon y Oran; ni el vivo empeño
 De la tenaz é hidalga Lusitania
 En dominar el mar de Mauritania
 Y dar a Ceuta y Tánger nuevo dueño;
 Ni los reyes de España, que, si un día,
 El Portugal y Gibraltar perdieron,
 Del monte Abila al fin dueños se hicieron,
 Fijando en su península un vigia?
 Si noble sangre allí, con bizzarria,
 Con honda fé, cual mártires vertieron,
 Nunca lograron que tascara el freno
 Esa prosapia del Yemén oriunda,
 Que de ambos Atlas la estension inunda,
 Terror en todas partes para el bueno.
 ¿Y no os avergonzais, pueblos de Europa,
 Los que orgullosos blasonais de cultos?
 ¿Y no os avergonzais de los insultos
 Que os hace a cada instante esa vil tropa?
 ¿Apuraréis hasta la hez la copa
 De vuestro ya cobarde sufrimiento?
 ¿Consentiréis que un pueblo turbulento,

Sin ley, ni Dios, ni sentimiento alguno,
Lindando con naciones cultivadas,
Las traiga con desprecio maltratadas,
Siempre atisbando astuto el oportuno
Momento de lanzarse á sus instintos
De vil rapacidad y asesinato?

¿Permitiréis que siga el desacato
De estar en sangre de inocentes tintos
Los cabos y las costas de esos mares,
A par de aquellos tiempos de galeras,
Piratas y corsarias, que veleras
Cruzaban esas aguas á millares?

¿No es ya francés Argel? ¿Hay Barbarojas?
¿Es fuerte en algun mar la media luna?
La raza bereber, ¿en qué coluna
Apoya su poder? Esas congojas
Que hace sufrir al mundo cultivado,
¿Qué son sino el descuido, la indolencia,
La longanimidad y la paciencia
Que nunca debió ser razon de Estado?
¡Cuánta contradiccion! qué inconsecuencia!
Por fútiles motivos, por quimeras
Que engendra el interés ó las pasiones
De reyes y naciones,
A cada instante izais negras banderas;
Entre vosotros la discordia estalla;
Ensangrentais los campos de batalla,
Y os desgarrais el seno como fieras.

Aquí, por vanidad ó necio orgullo,
Fingís que reparais vuestro decoro;
Allá, por vil codicia, trás el oro
Mares cruzais con bélico murmullo.

Si un pueblo inteligente y generoso,
Viendo que en vano á la demanda acude,
Con la revolucion al fin sacude
Su infame esclavitud; afan odioso
Mostrais al punto de atacar sus fueros;
Con nubes de guerreros
Sus tierras inundais, poblais sus puertos
De naves destructoras;
O entre ellos promoveis luchas traidoras,
Diabólicos ingertos
En el árbol naciente,
Que hacen brotar renuevos de anarquía,
Y torna la sangrienta tiranía
Mas ruda, mas cruel, mas inclemente,
Y el sacudido yugo
Repone con el hacha del verdugo.

Tal vez con celo hipócrita, mentido,
De un Dios de santa paz y mansedumbre
Sacrilogos os dais como partido,
Para arrojar la ciega muchedumbre,
Hermanos contra hermanos.
Y siendo todos fieles y cristianos,
Su sangre haceis correr con furia loca
Y no en un arenal ó escueta roca;
Por campos roturados y feraces
Por villas y ciudades laboriosas,
Haceis cruzar en turbulentas haces
Legiones numerosas
Que rasgan con los piés de sus bridones
La alfombra de las vegas y los prados,
Y dejan, al rodar de sus cañones,
Los sotos y los bosques arrasados.

¡Y en tanto contemplais indiferentes
Que el Africa salvaje,
Como un navio pronto al abordaje,
Siempre amagando esté con insolentes
Y aviesas correrías
Las cultas cercanías!

¡Y en tanto consentís que á vuestras puertas
Se agolpen esas hordas de bandidos,
A razzias de continuo apercebidos,
A par de las que infestan las desiertas
Comarcas del Sahara, el arenoso!

¡Y en tanto soportais que el Riff ríscoso
Peligro eterno sea
De una mar europea,
Y abrigo de esas tribus indomables
Que nómadas, ateas, insociables,
Piratas y corsarias,
Y al mismo de quien suenan tributarias,
Rebeldes á su vez, no ponen freno,
Ni coto á su furor y su pillaje,
Siguiendo siempre su país salvaje,
De hombres bravíos, como fieras lleno!

¿Cuándo será que vuele otro ermitaño
De pueblo en pueblo, desnudando espadas,
Para lanzar cruzadas
Sobre esa tierra atroz de comun daño,
Sobre esa mas funesta Palestina,
Que encierra, no el sepulcro de un Dios-hombre,
La tumba encierra de una ley divina,
De un verbo universal que, dó se nombre,
No hay gente ni region que no le acate?
La Humanidad, la ley moral del mundo
Tiene en el Riff sarcófago profundo,
¡Y raudos no volais á su rescate!

Esta es tu empresa, ¡oh generosa España!
En ella muestra su intencion tu sino;
La grandeza genial de tu destino
Te abre en tu prez esa inmortal campaña.

Tú, que otra vez á la morisma impia
De las cristianas tierras arrojaste,
Tú, que en oriente, al norte y mediodía,
Triunfante un tiempo tu pendon alzaste;
Tú, que de un mundo en quien nadie creía,
La antípoda existencia revelaste;
A tí, para tu gloria y tu decoro,
Te cumple refrenar al rudo moro.

¡No mas contemplacion, no mas templanza!
Salva el Estrecho de una mar que es tuya.
Desde el Cabo Espartel hasta el Moluya,
Vibra sin tregua tu soberbia lanza.
Acaba de una vez con la confianza
Que en su fragoso Riff y tu tibieza
Fundó engañado el tosco beduino,
Enséñale á su rústica fiereza
Que tiene tu blason temple divino.

Su torpe error y su ilusion confunde;
Penetren en sus puertos tus bajeles,
Invade á esos Zénetes y Gomeles
Y entre sus tribus el terror difunde.

Atónita la Europa te contempla,
Creyendo que es un sueño tu apostura;
Asómbrala tu brio y tu bravura,
Y á pesar suyo, sus desdenes templa.

Mira en tu noble frente la mancilla
Que te hizo el Marroquí, y ansiosa aguarda
Si sabe responder á la espingarda
La aguda bayoneta de Castilla.

Si un tiempo, ¡infausto tiempo! descendiste
De aquella escelsa altura en que brillaste,
Muéstrale al mundo que en tu pueblo existe
Aquella fuerza que jamás perdiste,
Y aquel honor que siempre conservaste.

Tiempo es que, absortas las naciones, vean
Que estás á igual nivel de las mas altas;
No el rumbo sigas de funestas faltas;
Grandes tus actos, cuál tu causa, sean.

Llamadas las potencias á un Congreso
Contigo contarán, si les revelas
Que tú tambien con firmes alas vuelas
Por las altas regiones del progreso.

¿Qué pides á tu pueblo generoso,
De heroica abnegacion constante ejemplo?
¿Quieres que cierre de la paz el templo,
sacrificando en su ara su reposo?

¿Quieres que todos los partidos pleguen,
Si ha de robarte fuerza, su bandera?
La tuya flotará como primera,
En cuanto tus soldados la desplieguen.

Oro, si quieres, verterá en tus arcas
Todo el que aspire á que tu honor recobres;
Si no oro, sangre te darán los pobres
Para llevar tu ley á otras comarcas.

Que toquen á rebato tus tambores;
Que en son de guerra doblen tus campanas,
Y en pos de las legiones castellanas
Verás blandir su hoz los labradores,
Trocar sus lanzaderas y herramientas
Los bravos artesanos en fusiles,
Las hembras, con arranques varoniles,
Las huestes exhortar de prez sedientas;
Por tus vias férriles

Volar con rudo afan locomotoras,
Valientes, penachudas, silbadoras,
Llevando hácia los puertos sus wagones
En máquinas de guerra convertidos,
Preñados de marciales batallones
De ardor guerrero y entusiasmo henchidos.

Tus campos holgarán; silencio augusto
Acallará la voz de tus talleres;
Que al general deber otros deberes,
A tu esplendor sacrificar es justo.

Y en torno de ese vivo movimiento,
De esa febril agitacion que inspiras,
Con tu actitud resuelta en Algeciras,
¡Guerra sin tregua! sonará en el viento,
Y unánime la voz y el ardimiento
Cediendo las ideas á una sola,
Patriótica, española,
Desde Tarifa al blanco Pirineo

No habrá mas que un clamor, mas que un deseo.
¡Guerra á la gente marroquí que, loca,
Mancha tu honor y tu furor provoca!

¡Oh! gloria á ti ¡valiente patria mia!
Yo admiro tu espectáculo sublime.
Timbre inmortal en tu blason imprime
Tu heroica decision y tu hidalguía.

Dada al despecho la feroz discordia
Mira apagada su funesta tea,
Los odios y rencores que provoca
Callaron á la voz de tu concordia.

¡De eterna maldiccion objeto sea
Quien vuelva atrás sus disidentes ojos!
¡Al Africa y vencer! Honor y gloria
Solo hay allí; cualquier otra victoria
Ha de alcanzar miserias por despojos.

Sigamos al ejército valiente,
Que al campo del honor marcha arrogante,
Con apuesta actitud, gentil talante,
Resuelto y aguerrido continente.

Al ronco y estridente
Compás de sus tambores y clarines,
Va á penetrar audaz en los confines
Del Africa del Norte sin demora,
Ganoso de batalla

E intrépido entre nubes de metralla
El Atlas regará con sangre mora.

Volad, volad, bizarros campeones;
Mostrad que sois como Españoles, bravos,
Las glorias eclipsad de los Zuavos
Y envidia sed de las demás naciones.

Desde los puentes de sus gruesas flotas
Os van á contemplar los extranjeros;
Quemad antes las naves que volvéros,
Antes morid que consentir derrotas.

Vuestra campaña en suelo *mogrebino*
Haced que digna de renombre sea,
Que iguale en esplendor la de Crimea
Y que mas fruto dé que Solferino.

Pronto volved á España victoriosos
Cargados de trofeos y laureles,
Con gumias, espingardas y alquiceles,
Robustos, polvorosos,
Tostados por el sol, ennegrecidos
De pólvora y relente de los mares;
Y al arribar al régio Manzanares,
Frenéticas de júbilo las gentes
¡Gloria y honor, os gritarán, valientes!
Y al son de vuestras músicas marciales,
Con victores y vivas generales,
Que atronarán los cielos,
Las bellas agitando sus pañuelos,
Sembrando en vuestro paso frescas flores,
Y símbolos de amores,
Os llevarán al pié del Capitolio;
Y allí, de vuestra reina conmovida,
Que mas que nunca brillará en su sólio,
En nombre de la patria agradecida,
Recibiréis la prez que os es debida.

PEDRO MATA.

Madrid 28 de octubre de 1859.

LA CUESTION DE MARRUECOS.

Segun comunicaciones de Tarifa á varios periódicos de la capital, los buques ingleses y anglo-americanos pasaban por delante de dicha plaza sin hacer los disparos de ordenanza, lo que hacia que la guarnicion disparase contra ellos, siendo raro el dia en que no se tiraban treinta cañonazos: esto habia dado lugar á reclamaciones de parte de los capitanes de los buques; pero como se probaba que estos no habian hecho el saludo debido, todas las reclamaciones eran vanas; pues no habia motivo para castigar á los que estando en las murallas, cumplian su obligacion.

Segun la *Correspondencia de España*, el cuerpo expedicionario habia de quedar organizado definitivamente del modo siguiente: la vanguardia con doce batallones mandada por el general Echa-güe; el primer cuerpo de ejército, á las órdenes del general Zabala, y la reserva á las del general Ros de Olano. La artillería constaria de 58 piezas y un tren de batir, y por el pronto irian mil caballos. La *Gaceta Militar* decia que las fuerzas reunidas en Algeciras y Cádiz, y dispuestas á marchar, componian un total de treinta y seis batallones, nueve baterías, nueve escuadrones y un batallon de ingenieros. Los escuadrones de caballería son: dos de Coraceros, dos de Farnesio, uno de Santiago (lanceros), uno de húsares de la Princesa, dos de cazadores de Albuera y el de cazadores de Mallorca. Se creia que saldrian tambien para Málaga algunos batallones de la guarnicion de Madrid.

Un corresponsal de Ceuta del *Correo de Andalucía*, publicaba una carta dirigida al intérprete árabe de aquella plaza por el vice-cónsul en Tetuan, cuya traduccion, de que, sin embargo, no salia garante el citado corresponsal, era la siguiente: «Vice-consulado de Tetuan á 20 de setiembre. Abram Azam manifiesta al intérprete español árabe Jameiro: «El bajá de Tánger ha venido á Tetuan de orden del ministro Jetib, el cual le previno que no se hostilizase á la plaza de Ceuta por ningun pretexto, y fué ofrecido así, mandando retirar á los árabes; y aseguró que respondia de la tranquilidad del territorio con su cabeza, y que el Sultan está reconocido y jurado por todo el imperio. En Tánger ha colocado el bajá dos cañones en la puerta de tierra y uno en la parte que mira al mar, temiendo una invasion de las kabilas montaraces: Firmado, Abram Azam.»

De Ceuta decian con fecha del 2 de octubre á la *Correspondencia de España*: «Continuamos en paz con nuestros vecinos, ó mejor dicho, con nuestros abuelos, porque á los moros de este campo se les conoce entre ellos por los andaluces, como procedentes de los espulsados de nuestra peninsula en los siglos xvi y xvii. Hoy por la mañana ha llegado un moro á nuestro campo para que le comprasen una carga de carbon, diciendo que queria paz.»

La cuarta brigada de artillería montada residente en Madrid solicitó y obtuvo la honra de marchar á Africa á combatir por la gloria de España. Se creia que saldria de Madrid el mismo dia que lo verificase el presidente del Consejo de Ministros.

Se decia que en distintos cuerpos del ejército, al dar la licencia á los soldados cumplidos, rehusaron estos el tomarla, proponiendo por el contrario que se les mandase como agregados voluntarios á alguno de los cuerpos que van á la guerra á Marruecos. Entonces se les propuso que se reenganchasen, pues tenian derecho á hacerlo con opcion al premio pecuniario; pero ellos contestaron, que no querian reengancharse ni tomar por ahora la licencia, sino ir á defender su patria, su religion y su reina, en los campos de Fez.

En la sesion del Congreso del 11 de octubre, al discutir el aumento de fuerza del ejército, en vista de las probabilidades de guerra con el imperio de Marruecos, el gobierno fué apoyado por diputados de todos los partidos que le ofrecieron su auxilio firme, absoluto é incondicional, segun dijo el Sr. Olózaga. El Sr. Gonzalez Bravo dijo que ofrecia al gobierno su apoyo de un modo tan completo, que si hubiera tenido menos años, hubiese marchado á Africa.

El periódico inglés el *Times*, al ocuparse de la cuestion de España con Marruecos, publicaba un extenso artículo del que copiamos algunos de los párrafos mas importantes. Una de las condiciones inseparables de la actual organizacion de la Europa, decia, es la de que ningun Estado pueda hacer pública su accion sin tener en cuenta y tal vez exigir la intervencion de los demás. Cada uno de los miembros de la gran sociedad europea se interesa mas ó menos vitalmente en la suerte y vicisitudes de los Estados que la componen.

Cierto es, decia despues, que el objeto de los armamentos de la España existe fuera de la Europa; pero además de la reciente conexion esta-

blecida entre las playas meridionales y las naciones del norte de Europa, hay circunstancias especiales respecto á España, que naturalmente deben llamar la atencion de otras potencias y muy particularmente la de Inglaterra. Los asuntos de España han sufrido recientemente una notable transformacion. Este reino es ya mas independiente, mas poderoso, mas opulento y mas próspero. Las rentas se encuentran desembarazadas, tal vez á consecuencia de las vias férreas, y esta mejora ha influido mucho en los demás ramos de la administracion. La España tiene un ejército bien provisto en el dia y una marina considerable; así no es estraño que la conciencia de la fuerza producida por estas mejoras haya despertado en la nacion cierto espíritu de actividad y de empresa.

Esto explica la expedicion á Marruecos, y probablemente las dimensiones que ha tomado este proyecto. Hemos oido hablar de cien mil hombres, de una escuadra de cañoneras, de un servicio completo de trasportes; pero lo que mas debe llamar la atencion, es una fermentacion general equivalente á la resurreccion del antiguo espíritu nacional. Sin embargo nada hay en esto que pueda producir celos ni alarmas; lejos de eso, nos alegrariamos en extremo ver que la España recobraba entre las naciones de Europa, el puesto que la corresponde, tanto por su historia como por su posicion geográfica; pero es muy natural que los aprestos y proyectos de este país esciten el cuidado de otros gobiernos, y en particular el de Inglaterra. La concentracion del ejército español es en un punto inmediato á un establecimiento militar de mucha importancia que poseemos en las costas de España.

Esto no puede evitarse; pero habiendo una escuadra española en Algeciras y un ejército á las puertas de Gibraltar, nuestra vigilancia é interés merecen escusa. Ha habido periódicos españoles que han hecho alusiones á la posibilidad de recobrar á Gibraltar; y aunque no hay motivo alguno para dar importancia á semejante fábula, puede haber ingleses que piensen como los españoles. Finalmente, es indudable que poco á poco se introduce un nuevo elemento en la política actual de la Europa, y el hecho de que la España tiene un ejército considerable, una marina fuerte y un tesoro bien provisto, puede influir en las deliberaciones de los gobiernos y en las combinaciones de los Estados.

Inglaterra tiene una escuadra en Gibraltar; parte de otra francesa ha entrado en el puerto; algunos buques de guerra portugueses han salido de Tánger, y segun las noticias últimas, el ministro de los Estados-Unidos habia pedido esplicaciones para satisfacer á su gobierno.

Nosotros los ingleses estamos plenamente interesados en la cuestion de Marruecos: se trata de un Imperio vecino y amigo, y del que en cierto modo dependemos para el abastecimiento de Gibraltar. Las circunstancias, respecto á nosotros, no son completamente las ordinarias; por lo tanto el celo de un ministro inglés está justificado al tratar de prevenir un desenlace que, además de un trastorno general, pudiera afectar accidentalmente con graves inconvenientes á nuestras guarniciones del Mediterráneo.

Despues de estas palabras, el mismo periódico se estendia en consideraciones respecto al bien que la España puede hacer á la Europa casti-

gando el atrevimiento de las hordas berberiscas, que, alentadas por la prolongada impunidad, ó lo que es mas probable aun, por el estado de agitacion en que se encuentra el Imperio, atacan los establecimientos europeos por todas partes con una audacia intolerable y con un fanatismo ciego, amenazando á los cristianos con el esterminio en cualquier punto en que los encuentren. Decia tambien que no hay que esperar que la España deje de tomar satisfaccion de los ultrajes que ha recibido, habiendo visto sus guarniciones atacadas y sus establecimientos en perpétua alarma, y sufriendo los males de la guerra, en cuanto pueden hacerla unas tribus bárbaras.

La conducta de España, decia despues, está justificada; pero la vigilancia de Inglaterra lo está tambien. Los piratas y merodeadores del Riff merecen el castigo de que están amenazados; pero la composicion de nuestras sociedades políticas es tan delicada, que no hay punto alguno en que puedan moverse escuadras y ejércitos sin escitar la vigilancia, y tal vez llevar consigo el peligro.

El periódico de Madrid el *Occidente*, al hacerse cargo de los rumores que circularon acerca de la promesa que se decia haber hecho el gobierno inglés al de Marruecos, de darle la suma necesaria para satisfacer la indemnizacion que exigiera España, con tal de que se le permitiera la ocupacion temporal de Tánger, decia, que si esto hubiera sido verdad; que si los ingleses estuviesen tan cegados por el egoismo, que solo viesen en nuestras diferencias con los africanos una de esas cuestiones de comercio tan comunes en la política de Lóndres, y si nos creyese capaces de justipreciar bajamente nuestro decoro, cien y cien veces le arrojariamos al rostro sus guineas, y cien y cien veces se despojaría España de todas sus riquezas, con tal de que no hubiese un solo rincon en el territorio africano donde no se detestase hasta el nombre anglo-sajon.

El *Conciliador* opinaba que por no haber tomado una iniciativa rápida ocupando á Tánger y á Tetuan, nos costará mucho mas el apoderarnos de esas plazas.

La *Discusion* decia que no hay que esperar grandes resultados de la campaña de Africa: respecto al nombramiento del general O'Donnell para jefe de la expedicion no le considera muy acertado, porque siendo presidente del Consejo de Ministros no podrá permanecer ausente de Madrid y al frente del ejército todo el tiempo que la naturaleza de una guerra con Africa exija para conseguir resultados grandiosos.

El dia 11 circularon rumores en el Congreso de que el gobierno habia recibido despachos importantes de Tánger, que anunciaban que el emperador tenia el firme propósito de acceder á todas las satisfacciones exigidas por el gobierno español. Despues se supo que se habian recibido efectivamente despachos de nuestro cónsul, que solo contenian la respuesta á las primeras notas formuladas en agosto último; y aunque parecian dar á entender que el gobierno marroqui estaba animado de un vivo deseo de satisfacer cumplidamente los derechos de nuestra justa pretension, no podia, sin embargo, pronosticarse cuál seria el resultado definitivo, en vista de las últimas notas dirigidas por el ministro de Estado intimando el ultimatum, y en vista del estado de

desconcierto en que está el gobierno de Marruecos.

La *Correspondencia de España* publicaba una carta de Tánger dirigida á una persona de esta córte, y que decia lo siguiente:

« El comercio de esta no cree en la guerra. Se sabe que el emperador quiere conjurar la nube que le amenaza, y que no vacilará en hacer grandes concesiones. Inglaterra trabaja desesperadamente para que no se venga á las manos; el primer cañonazo que se disparara en Tánger, podría tener eco en todo el mundo. La prueba de que aquí no se cree en la guerra, es que muy pocos comerciantes se han retirado. Se creia que España no contaria con medios para hacerse respetar; pero la lucida division reunida en Algeciras ha disipado las ilusiones. »

La *Epoca* decia que en Tánger se creia que el gobierno marroqui estaba muy inclinado á conceder á España el terreno exigido para hacer mas estenso el radio de Ceuta; pero que lo que parecia mas difícil obtener era la indemnizacion reclamada por nuestro gobierno de los gastos que han ocasionado los preparativos militares hechos con motivo de las hostilidades de los moros contra Ceuta.

El periódico el *Dia*, reflexionando acerca de la llegada de los buques ingleses á Gibraltar, decia, que esto exigia de nosotros que las primeras operaciones de la guerra se dirigiesen contra Tánger.

La *Epoca* anunciaba de una manera casi oficial la organizacion de la plana mayor del ejército de Africa del modo siguiente: General en jefe, el capitán general D. Leopoldo O'Donnell; segundo jefe, el teniente general D. Antonio Ros de Olano; otro segundo, el teniente general D. Juan Zabala; y jefes de division, los mariscales de campo D. Rafael Echagüe, D. José Orozco, Don Enrique O'Donnell, D. José María Turon, D. Genaro Quesada, D. Félix Alcalá Galiano y D. Manuel Gasset. Jefe de Estado mayor general, el general D. Luis García. Tambien estaban dadas las órdenes, segun decia un periódico, para reunir hasta cincuenta batallones completos con destino á la expedicion.

El entusiasmo popular en favor de la guerra de Africa, decia la *Correspondencia de España*, es ciertamente notable. Con motivo de haberse sabido en Bilbao que el vapor *Marqués de la Victoria* habia salido de Santander á las nueve de la mañana del dia 8 de octubre, para recoger y trasportar á Andalucía el batallon de Saboya, que le esperaba en Portugaleta desde el domingo último, se trasladaron á esta villa, en el vapor *Nervion*, gran número de habitantes de aquella playa con las autoridades á su cabeza para despedir á los expedicionarios. Es imposible describir el agradecimiento que por esta inesperada visita manifestó todo el batallon de Saboya que estaba ya embarcado; el entusiasmo de todos, desde su coronel hasta un jóven bilbaino que se les habia incorporado voluntariamente. Los vivas á la Reina, á la patria, á Vizcaya, al batallon de Saboya, á los bilbainos, al ejército español, se cruzaron de un vapor al otro; y los oficiales lo mismo que los soldados y los paisanos, todos agitaban al aire sus pañuelos, sombreros y ros, demostrándose mutuamente el mas cordial afecto.

La *Crónica de Gibraltar* publicaba una carta de Tánger que decia lo siguiente: « Por lo que

me ha sido posible averiguar, no hay todavia convenio alguno entre las partes contendientes; todo el mundo lo desea, y aun el mismo Sr. Blanco; pero parece que las instrucciones que tiene de la superioridad se oponen á ello.

» El saludo hecho por los buques de guerra españoles surtos en este puerto al pabellon berberisco, nada ha tenido que ver con el arreglo de las diferencias pendientes entre la España y Marruecos; fué hecho en reconocimiento del nuevo emperador, puesto que S. M. se habia dignado aprobar el nombramiento del Sr. Blanco del Valle como encargado de negocios en Marruecos por S. M. C. la reina de España.

» El emperador reconoció asimismo á los encargados de Francia y de Inglaterra, y á los cónsules y vice-cónsules de las diferentes naciones, residentes en Marruecos. Sidi Haman Essaidi, gobernador de Tánger, ha sido tambien confirmado en su puesto por el emperador. »

La *Correspondencia de España* decia que un jefe del Estado mayor del imperio francés, que habia hecho por muchos años la guerra en Marruecos, proponia un plan de campaña que era el que, en su concepto, debia seguir la España en el momento en que se rompieran las hostilidades contra los moros. Segun dicho jefe, una vez en campaña, era preciso no perder el tiempo en sitiar las plazas de un modo regular, y emplear desde luego contra ellas, como medios principales de ataque, el obús y los cohetes incendiarios, que darian un pronto resultado; pues hallándose construidas las azoteas de las casas de cañas y madera, serian al momento presa de las llamas, obligando á sus defensores á rendirse á discrecion, puesto que no les quedaria otro recurso, si la poblacion se hallaba convenientemente circunvalada de antemano.

Despues de esto publicaba un cuadro de las operaciones que en su concepto debia intentar el ejército español sobre la costa de Africa y los dias que aproximadamente podría durar la expedicion, que él calculaba, en su totalidad, en cincuenta y dos dias. Además de esto, decia que en cada una de las plazas siguientes, eran imponibles y fáciles de obtener las contribuciones que á continuacion se espresan: en Tánjer, diez millones de francos; en Araiche, dos millones de idem; en Mehedia, dos millones de idem; en Rabat, dos millones de idem; en Meknez, cuatro millones de idem, y en Fez, cuarenta millones de idem: total, sesenta millones de francos.

Despues de haber recorrido el ejército español toda la costa y penetrado en Fez, la ciudad santa del Imperio, nada ganaria España con una prolongada ocupacion; pero las ventajas que reportaría serian de mucha importancia si se ocupase á Rabat definitivamente y de un modo sólido, convirtiéndole en un puerto libre á ejemplo de Gibraltar.

Todas las caravanas que ahora no pasan de Tánger, Fez y Marakeh, llegarían á Rabat, llevando los productos del Africa, en tan gran cantidad como fuese la diversidad de mercancías que ellos pudiesen recibir en los cambios mútuos del comercio. Rabat seria además una excelente posicion militar, que podría servir de punto de partida, á una expedicion contra Fez ó Marakeh, las dos capitales de Marruecos, si fuese necesaria

para el cumplimiento del tratado que se acordase. El tributo anual que podría pagar con facilidad el emperador de Marruecos á la España es el de diez millones de francos. Por último, dado caso de que no tuviera efecto la expedición, porque el Imperio Marroquí se hallase dispuesto á dar una satisfacción tan cumplida como es indispensable al honor ofendido de España, debía esta exigir, como parte de dicha satisfacción, el cambio de la plaza de Melilla por la de Rabat, por las razones que quedan espuestas. El autor de este proyecto se estendía en largas consideraciones sobre los beneficios que reportaría á España el seguirle.

A la *Correspondencia de España* le escribía su corresponsal de Londres diciéndole, que era indudable que allí se hacían esfuerzos prodigiosos para evitar un rompimiento entre España y Marruecos, y que toda clase de medios, consejos y aun intimaciones se han ofrecido y hecho al emperador marroquí, para que dé al gobierno español las más amplias satisfacciones. El gabinete comprende que no tiene medios hábiles para oponerse á la justa reparación exigida por España, y teme una guerra cuyas consecuencias pudieran poner en conflagración al mundo, y en peligro á Gibraltar.

Algunos periódicos de Madrid reprodujeron un artículo del *Morning Chronicle*, que contrastaba singularmente con el tono mesurado de que usaba el *Times* en el artículo que antes hemos citado; el lenguaje del *Morning Chronicle* era insolente y demostraba, respecto á España, una ignorancia ó un deseo de engañar, que no merece refutación.

Varias señoras españolas y algunas extranjeras, residentes en Hamburgo, y entusiastas de nuestro país, hicieron presente á nuestro cónsul general su resolución de dar á los cuerpos del ejército de observación de Africa, las hilas y vendajes que estaban preparando con este objeto. S. M. resolvió que se les dieran las gracias en su real nombre, manifestándolas que, en caso de que nuestra cuestión con Marruecos se ventilase por las armas, se aceptaría con gusto su ofrecimiento, pudiendo entonces remitirse las hilas y vendas consignadas á la orden de los gobernadores militares de Cádiz ó Santander, que cuidarían de remitirlas á su destino.

Entre tanto, el general Martimprey, apenas llegado á la Argelia, dió un manifiesto á sus tropas recordándolas la memorable jornada de Isly en la que él mismo había peleado como subalterno á las órdenes del general Bugeaud, y diciéndolas que la Francia quería imponer un castigo á las tribus que habían atacado sus puestos militares y saqueado sus mercados.

El gobierno de S. M. declaró el día 17 de octubre en los cuerpos colegisladores que había recibido, antes de espirar el plazo señalado, contestación del de Marruecos, accediendo á todas las satisfacciones pedidas para dejar en su lugar el honor nacional ofendido, y reconociendo y aceptando en principio el derecho de España á obtener seguridades para el porvenir. El gobierno, sin embargo de esto, no consintió en ratificar el tratado de Melilla, concertado antes con el sultán de Marruecos y ratificado por este, no queriendo aprobarle hasta que las cuestiones con Ceuta tuviesen una resolución definitiva. Por este

tratado se obtenían ventajas considerables para la plaza de Melilla. Su territorio no alcanzaba más allá del camino cubierto, y en virtud de este nuevo tratado, sería de España todo el terreno inmediato á la plaza que estuviese á tiro de cañón de 24. Además de este terreno, propio de España, se formaría un campo neutral, y en sus extremos se colocarían grandes guardias de tropas regulares del emperador, encargadas de estorbar los ataques de las kabilas, de que tampoco hasta el presente tenía responsabilidad el monarca marroquí.

En vista de estas noticias, algunos periódicos de la capital decían que siempre que las satisfacciones dadas por el gobierno del emperador fuesen completas, sería ventajoso para España el librarse de los males que trae consigo la guerra; pero otros periódicos, en su mayor parte de la oposición, querían la guerra á todo trance, diciendo que las satisfacciones que pudiera dar el emperador eran insuficientes, y que no ofrecerían garantía segura para el porvenir.

El gobierno, á pesar de estas noticias que parecían favorables á la paz, seguía en sus preparativos enviando más tropas á Algeciras y disponiéndose para la guerra. El estado sanitario de Algeciras era excelente, y nuestro ejército deseaba con ardor pasar el estrecho de Gibraltar para combatir á las hordas que habían insultado nuestra plaza de Ceuta.

Se sabía también que en París había grandes deseos de tener noticias respecto al resultado de esta cuestión, en la que los franceses tenían grandes simpatías por nuestra causa.

En aquellos días circularon por la capital muchos rumores contradictorios é infundados respecto á notas pasadas á nuestro gobierno por los embajadores de Francia y de Inglaterra; pero todas estas noticias carecían absolutamente de fundamento. El día 17 no se recibieron noticias de Tánger: el país anhelaba ardientemente la llegada de partes telegráficas que pusieran un término á su inquietud, y mientras tanto estaba como suspenso; lo que el gobierno había dicho en el Senado, lejos de calmar los ánimos, avivaba más el deseo de saber el resultado definitivo de una cuestión tan importante; pero este estado de incertidumbre se prolongó por espacio de algunos días.

M. A. DE ERRO.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Estado actual de la agricultura española, comparado con el de otras épocas. — Necesidad de promover y alentar sus progresos. — Medios que pueden procurar este resultado. — Necesidad de iniciar la enseñanza agrícola en las escuelas de educación primaria. — Medios para formar maestros, é índole de los catecismos agrícolas. — Carácter científico de la agricultura.

Si comparamos el estado actual de la agricultura española con el que le cabía hace diez años; si equiparamos el material agrícola de que se dispone en la actualidad en nuestras explotaciones con el que contaban en la época á la cual nos hemos contraído, y si enumeramos, por último, las escuelas é institutos agrícolas que hoy difunden el progreso y los adelantos en los cen-

tros rurales, con la carencia absoluta que de tales elementos se notaba en los años no lejanos que hemos aceptado como punto de comparación, fácilmente podrá medirse toda la importancia de los progresos que admiramos en los centros agrícolas de nuestro país. Hoy vemos á las provincias de Palencia, Zamora, Valladolid, Ciudad-Real y otras, concurrir alborozadas á las exposiciones agrícolas que han celebrado, en las cuales, cuantos siguen con atento exámen el desarrollo de la agricultura, han podido convencerse de que dicha industria obedece en su desenvolvimiento la ley común y general de progreso y perfeccionamientos á que tienden todas las manifestaciones de la actual civilización. Lo consignamos llenos de verdadero y patriótico contento: si quiera sea lentamente, en la esfera agrícola de nuestro país, todos los procedimientos se perfeccionan, las máquinas se estienden y multiplican, el pasado se transforma, y nuevos horizontes se entreven para el porvenir agrícola de este pueblo, dotado ventajosamente por la Providencia de dotes no comunes y de inestimable valor.

Es, pues, preciso alentar los progresos que notamos; difundir entre los distritos agrícolas la enseñanza profesional y las verdades científicas, llamadas á combatir la rutina, á desvanecer preocupaciones envejecidas que se oponen á las innovaciones sancionadas por la práctica; en una palabra, es de todo punto indispensable que se procuren á la agricultura todos los medios que le son precisos para que acepte y no se sustraiga á las transformaciones incesantes á que tienden el desenvolvimiento progresivo de los días que trascurren. Convencidos de estas verdades, y deseosos de contribuir á la realización del noble propósito que entrañan, procuraremos, en esta sección de nuestro SEMANARIO, ocuparnos con alguna frecuencia, así de las necesidades de la agricultura española, como de los progresos é invenciones que debe iniciar, y de los medios á que ha de recurrir para alcanzar el venturoso porvenir á que le convidan los elementos que posee, y que merece ciertamente conseguir como recompensa de las dotes de moralidad que distinguen á las poblaciones agrícolas de España.

Los ferro-carriles que se construyen, los canales de riego que se inician y proyectan, y los caminos y carreteras que se han abierto, son un germen de prosperidad para la agricultura, cuya benéfica influencia, ya sentida, será más patente á medida que vayan enlazándose entre sí las vías de comunicación, á las cuales nos referimos. La facilidad de los trasportes acrece y multiplica en vasta escala las utilidades del labrador, y este resultado, debido á las comunicaciones, es elemento de progreso llamado en primer término á desarrollar los gérmenes de la riqueza agrícola, con notable provecho de los que toman parte en las explotaciones rurales.

Las exposiciones agrícolas, tanto generales como provinciales, ya iniciadas con entusiasmo en España, son medios adecuados igualmente para promover los adelantos, puesto que en ellas se premian las mejoras en el cultivo, los progresos en los ganados y en las máquinas y aparatos agrícolas, y por último, la laboriosidad, la honradez y los nobles sentimientos jamás apagados en el corazón de los obreros que, al trabajar, tienen siempre presente ante sí el cielo, al cual

vuelven sus ojos pidiéndole la bendición de sus tareas.

La aplicación de las ciencias á las prácticas agrícolas es otro de los elementos al que las agriculturas de los países más adelantados son deudoras de sus progresos, y por esta razón deseáramos que ya que hoy felizmente la enseñanza agrícola en su alta escala se ha iniciado en nuestro país, haga sentir su benéfica influencia y sus consejos y advertencias en el seno de los distritos rurales de todas nuestras provincias. Para conseguirlo, somos de opinión que debe apelarse al concurso de los maestros de instrucción primaria, y que los elementos de la ciencia agrícola deben introducirse en el programa de las mismas escuelas.

La enseñanza, por la cual abogamos, debe propagarse por grados, y su esposición ha de ser tan elemental y tan práctica como lo exigen las condiciones intelectuales de los alumnos que de ella han de participar. La escuela, después de la iglesia, ha de ser la institución que debe estender, á la par que el progreso, la verdadera felicidad, antes cimentada en la virtud y en el respeto á las relaciones sociales, que en los gozos materiales á que hoy se muestra tan marcado afecto. Por ser así, creemos nosotros que existe en las escuelas primarias de los distritos agrícolas el verdadero germen que ha de impulsar á la agricultura española hácia las vías de progreso que en breve alcanzará. No pretendemos, puesto que no ponemos en olvido ni la constitución de nuestras comarcas agrícolas, ni las necesidades de los labradores, que se estienda el programa de las escuelas á que concurren sus hijos; pero creemos en cambio, que los libros que les sirven para aprender la lectura, podrían relacionarse con la práctica de las faenas que ven ejercer cotidianamente, y en las cuales toman parte, dándoles á conocer las leyes que preceden al nacimiento y desarrollo de los objetos que les cercan; la explicación vulgar, pero con caracteres científicos, de los fenómenos que escitan su curiosidad, y familiarizándolos, por último, con las innovaciones y adelantos que admite la práctica de su oficio. Para alcanzar los resultados á los cuales acabamos de contraernos, son indispensables dos circunstancias: encontrar maestros idóneos y promover la publicación de libros ó catecismos elementales, cuyas páginas entrañen las laudables aspiraciones que pretendemos formular. La ciencia agrícola es tan vasta, que comprendemos desde luego la dificultad de encontrar maestros de instrucción primaria capaces todos de enseñar su enseñanza y de conocer las ramificaciones que enlazan aquella ciencia con otras muchas. Pero aun si pensamos que no sería difícil, mejorando la situación de los maestros, despertar su emulación, y lograr que adquiriesen marcada aptitud para propagar los conocimientos elementales, que, según nosotros, deben enseñar en sus escuelas, si especialidades acreditadas y hombres de reconocida autoridad en la agricultura se dedicasen en España, cual acontece en otras naciones, á redactar catecismos y cartillas agrícolas según un sistema en el cual el *texto*, digámoslo así, comprende únicamente la parte destinada á los alumnos, y las notas, las materias que deben estudiar los maestros.

En Inglaterra, en Alemania, Bélgica y Francia,

cada día se propaga más y más la publicación de cartillas elementales, vendidas á un precio ínfimo, en las cuales sin mostrar desden hácia la práctica, se formulan los principios científicos que se relacionan con la agricultura, y esos libros, por insignificantes que parezcan á primera vista, son uno de los poderosos vehiculos de los adelantos que en dichos pueblos se notan, y la fórmula bajo la cual la enseñanza de la agricultura puede unirse á la primaria, que es, según nuestra opinión, un gran medio para lograr idénticos resultados en España. Es hoy verdad por todos admitida, que los conocimientos científicos son la base de todas las industrias; pero importa consignar y repetir con insistencia, que la agricultura, no solo no es una excepción á esta regla, sino que, por el contrario, pocas industrias como ella se encuentran tan identificadas con los preceptos de las ciencias.

Presentemos la química como ejemplo: esta ciencia ha proyectado nueva luz en todas las prácticas agrícolas, en las cuales solo imperaba en otra época la rutina; el razonamiento y las reglas han reemplazado á la incertidumbre y al empirismo; la práctica con sus resultados ha puesto de manifiesto la exactitud de las apreciaciones y de las fórmulas científicas, y la agricultura se envanece hoy del concurso que las ciencias le prestan, y en ellas busca remedio á las enfermedades que aquejan á sus productos.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Según el *Constitucional* de París, lo único en que hay avenencia en Zurich, es en lo relativo á la deuda lombarda. Parece, según dicho periódico, que todas las grandes potencias están acordadas en la reunión del tantas veces anunciado Congreso.

La causa sobre la conspiración contra la vida del Sultán en Constantinopla, se prosigue con gran actividad. Una de las máquinas infernales descubiertas se destinaba á incendiar el barrio francés.

En un motin que, con motivo de las honras fúnebres del bey, tuvo lugar en Túnez, fueron mortalmente heridos más de cien judíos y cristianos, de los que ya han sucumbido muchos. Se han hecho varias prisiones.

Confírmase la ovación de que, á su partida de Roma, por haberle entregado sus pasaportes el gobierno pontificio, ha sido objeto el conde de la Minerva, embajador de Cerdeña en aquella corte. En efecto, este diplomático recibió diez mil tarjetas de despedida. La demostración fué imponente, pero pacífica. A pesar de esto, la gendarmería pontifical estaba tendida en las calles.

En Génova se hacían grandes preparativos para recibir á Víctor Manuel. Habíase dispuesto adornar una alameda de legua y media con banderas francesas y sardas.

A consecuencia de la derrota de Schamyl y sus valientes circasianos, han llegado á Constantinopla 661 emigrados de aquellos países.

En Alemania continúa el movimiento reformista y unitario, y se confirma que el duque Ernesto de Sajonia Gotha ha concedido autorización

al comité reformista para establecer en Gotha el centro de la propaganda.

Era, días pasados, objeto de grandes comentarios la audiencia de hora y media concedida por el papa al duque de Grammont, embajador de Francia. Sea lo que quiera lo que acerca del particular se piense ó escriba, lo cierto es que, así el papa como el duque debieron quedar muy satisfechos de su entrevista, puesto que luego comieron juntos en Castel-Gandolfo, en compañía del indispensable cardenal Antonelli.

El tratado de paz entre Francia y Austria ha sido firmado en Zurich por los plenipotenciarios respectivos.

Las correspondencias recibidas del reino Véneto convienen en asegurar las enormes proporciones que recibe cada día la emigración en aquel país.

La juventud acude en gran número á alistarse en los batallones que están organizando los generales Fanti y Garibaldi, y se calculan en 4,000 los voluntarios de Venecia, que en pocos días se han alistado en el ejército de la Italia central.

Además de estos, son muchas las personas que, á pesar de su edad y condición, desafían los peligros y molestias de todo género, para sustraerse á la vista del extranjero.

De Roma escriben que el papa ha manifestado vivos deseos de que los Estados de la Iglesia y Nápoles tomen parte en el Congreso europeo, del cual se ocupa gran parte de la prensa francesa.

Según noticias de París, las armas cogidas á los marroquíes por las tropas francesas, en sus recientes encuentros, son de procedencia inglesa. Esta circunstancia ha disgustado mucho al ejército francés.

Parece cosa resuelta que España, Portugal y Suecia, concurrirán con las cinco grandes potencias al Congreso europeo, como signatarias del tratado de Viena de 1815.

Los asuntos de Méjico siguen en un estado deplorable. Miramon impuso pena de muerte á los extranjeros que entraran con armas en el país.

Parece que las tropas de Juárez han sido derrotadas en Leon.

Una carta dirigida desde Roma al *Independiente de Turin*, da estensos pormenores de los trabajos que el bando clerical hace en aquella capital en favor de los intereses del Austria.

Parece que ni aun los agentes oficiales ocultan allí su odio á la Francia, al paso que la nobleza, los propietarios, los artistas y sábios manifiestan claramente sus simpatías á la causa de la unión italiana. Este estado hace temer varias complicaciones, de un momento á otro.

La suscripción para proporcionar armas á las fuerzas de Garibaldi aumenta considerablemente. Todas las clases se apresuran á presentar su ofrenda. Un concierto dado en el teatro de la *Scala* de Milan produjo 5,000 libras, deducidos los gastos.

No es cierto que Parma haya sido, como se dijo, ocupada por tropas piemontesas. En aquel Ducado se han hecho nuevas prisiones y destruido á diversos partidarios de los duques.

Según noticias de París, al fin se ha firmado en Zurich un tratado entre Francia y Austria, debiendo firmarse otro entre esta potencia y la Cerdeña, para la cesión de la Lombardia, y otro con el título de *Acta general*, entre las tres potencias. Mucho ha tardado la conferencia de Zu-

rich en dar resultados; en cambio, menudean, según se ve, los tratados, los protocolos y las firmas. Váyase lo uno por lo otro.

Dícese que la Inglaterra, para tomar parte en el Congreso cuya reunión se proyecta, pone por condición la libertad de los Estados de Italia: esta circunstancia retrasará, según se cree, la formación de dicho Congreso. Decíase en París que en este tendrán representantes todas las naciones de Europa, y que si la Inglaterra pone dificultades para asistir, se prescindirá de ella.

El periódico semi-oficial inglés insiste en que la Inglaterra no tomará parte en los nuevos trabajos diplomáticos que se preparan y con tanta ansiedad se esperan, sino con la seguridad de que la independencia de los Ducados italianos quedará garantida.

La *Gaceta Piamontesa* publica un decreto autorizando al gobierno á contratar un empréstito de cuatrocientos millones de francos.

El *Morning Post* insiste en las dificultades de resolver bien la cuestión italiana, y en la inminencia de nuevas complicaciones.

Como si no bastaran las de Europa, menudean también en América: el gobierno de Venezuela ha entregado los pasaportes al cónsul francés en la Guaira.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto del 12 del corriente mes se ha resuelto que el conocimiento y decisión de los recursos de alzada que los empleados de Ultramar interpongan de los acuerdos de clases pasivas, sea de competencia del ministerio que tiene á su cargo los negocios de Ultramar.

—La *Gaceta* del día 21 de octubre publicó un real decreto mandando convocar las actuales diputaciones provinciales para la segunda reunión ordinaria del corriente año.

—Por real decreto se ha autorizado en Jerez de la Frontera la creación de un Banco de emisión en dicha ciudad, que se titulará *Banco de Jerez de la Frontera*, con arreglo á las leyes que rijan en la materia.

—Ha sido aprobado por la Dirección general de Ultramar el proyecto y presupuesto de gastos para la construcción de un faro de primer orden de Frenell en punta Lucrecia (isla de Cuba) de conformidad con lo informado por la Junta consultativa de caminos, canales y puertos.

—Se ha autorizado á D. Angel Alcalá para que aproveche las aguas del río Jarama, como fuerza motriz de un molino harinero que intenta construir en el sitio llamado Huelgagonda, provincia de Guadalajara.

—D. Leon Cappa ha sido autorizado para verificar, en el término de un año, los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Híjar ó de otro punto del de Gargallo á Escatron, y pasando por los términos de Calanda y de Aguasrivas, termine en Castellón de la Plana.

—De real orden ha sido autorizado Mr. Harrey Hebert para que verifique, por el término de un año, los estudios de un ferro-carril que, partiendo del de Almansa á Alicante, en Villena, termine en Alcoy.

—En la sesión del Congreso del día 15 quedó aprobado el dictámen de la comisión sobre la desamortización por 146 votos contra 14.

—En la sesión del Senado del día 17 se aprobaron el proyecto de la ley de quintas y el que fija las fuerzas del ejército en 100,000 hombres.

—En la sesión del Congreso del mismo día fueron aprobados el presupuesto relativo á la casa real, el relativo á la deuda general y el de las clases pasivas.

—En la sesión del Senado del día 18 se aprobó la ley del ferro-carril de Barcelona á Tarragona.

—En la del Congreso del mismo día se aprobaron la ley que autoriza al gobierno á negociar con Roma, el presupuesto de la presidencia del Consejo, el de la dirección de Ultramar y el de la Guerra.

—El día siguiente quedaron aprobados los presupuestos de Gracia y Justicia, y del ministerio de Hacienda.

—En la sesión del día 21 quedó aprobado el presupuesto del ministerio de la Gobernación.

—En la misma sesión el gobierno español, en nombre de la reina doña Isabel II, ha declarado oficialmente la guerra al imperio de Marruecos. Acto continuo se leyó en el Senado una proposición aprobada por unanimidad y concebida en estos términos:

«El Senado ha oído las esplicaciones del gobierno y le ofrece su auxilio para poner á salvo la honra y los intereses de nuestra nación.»

Semejante proposición fué aprobada en votación nominal por unanimidad en el Congreso, en donde se aplaudió con júbilo á la determinación del gobierno de S. M.

—Se ha resuelto que todos los mozos que, procedentes de los sorteos de los dos años anteriores, sean llamados para cubrir plaza por el reemplazo de este, sean medidos con arreglo á la talla marcada en la ley de 30 de enero de 1856.

—Según las últimas cotizaciones de París, las acciones del ferro-carril de Córdoba á Sevilla de 500 francos, se cotizaban, todo pagado, á 505; las de Sevilla á Jerez, id. id., á 537 fr. 50 cents.; y las de Zaragoza á Madrid y Alicante de 500 francos, desembolso 400, á 460.

—Muy pronto se abrirá al público el ferro-carril de Jerez á Sevilla.

—Está completo el material sanitario para el ejército de Africa.

—Del 8 al 14 de octubre el producto total del ferro-carril de Alicante ha sido de 867,058 rs.

—Se ocupa el ayuntamiento de esta corte de un proyecto de desinfección de los pozos negros, y próximamente se verificará un ensayo público del sistema propuesto.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Pocas son las novedades teatrales de que tenemos que dar cuenta á nuestros lectores en la presente semana.

El teatro de Lope de Vega ha continuado las representaciones de la comedia en tres actos y en prosa *Rico de amor*, habiendo puesto despues en escena la conocida comedia del popular Breton, *Dios los cria y ellos se juntan*, y la tan conocida del Sr. Serra, titulada *D. Tomás*.

La Hipocresía del vicio, última producción del Sr. Breton de los Herreros, ha logrado atraer durante toda la semana al afortunado teatro del Príncipe, un público tan numeroso como escogido, gracias, no solo á la bondad de la obra, sino al perfecto desempeño de todos los que en ella tomaron parte.

En el coliseo de la plaza del Rey, que, dicho sea de paso, va en una decadencia cada vez mas lastimosa, se ha estrenado la comedia en un acto y en verso, original de D. Rafael Garcia Santisteban, titulada *La Frutera de Murillo*. Esta producción, que fué escrita para la inauguración de la sociedad de Bellas Artes, habia sido ya aplaudida por un público escogido, obteniendo en la ocasión presente igual éxito lisonjero.

El teatro de Novedades no nos ha dado novedad alguna.

En Jovellanos ha continuado y continúa dando muy buenas entradas el disparate cómico en dos actos *Entre mi mujer y el negro*.

Por último, el Régio coliseo ha puesto en escena *Il Trovatore*, en cuya ejecución se ha distinguido Mario cantando su parte admirablemente: los demás artistas hicieron cuantos esfuerzos estaban de su parte; los coros han mejorado mucho este año, y en el servicio escénico también se advierte mas esmero. El numeroso público que llenaba todas las localidades, aplaudió calorosamente al Sr. Mario. También es digna de alabanza la empresa por las tres decoraciones nuevas que ha presentado en el *Trovador*, pintadas por el distinguido artista Sr. Ferrí.

El circo de Mr. Price toca á su fin. Lo retirado del local, y la poca novedad que va ofreciendo el espectáculo, retraen al público, que concluirá por abandonarlo enteramente tan pronto como entremos en el corazón del invierno.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

De la Noblesse maternelle en Champagne, par M. P. BISTON. Un vol. in-12; Chalons.

Este libro es una rápida exposición de las costumbres de la Champaña, que ha conservado el privilegio de la nobleza por las hembras hasta la revolución de 1789. Este hecho curioso de la nobleza uterina era contrario, ciertamente, al derecho comun de la Francia; pero no ha conservado menos su valor histórico y legal. No tan solo ennoblecía el vientre en Champaña, sino que las esposas (damoiselles) podían también transmitir su nobleza en legítimo matrimonio, con todas sus consecuencias. Termina la obra de M. Biston con un ligero tratado acerca de el *abuso de los cambios de nombres*, en que demuestra, entre otras cosas, que la verdadera nobleza no existe sin *título*, y queda probada con presencia de la partida nobiliaria.

Le Havre, son passé, son présent, son avenir, par M. Frédéric de CONINCK. Un vol. in-8°; 1859.

La importancia del Havre aumenta diariamente. Francisco I dió á este puerto una categoría política y mercantil; muy en breve será la émula de Liverpool y de Nueva-York. Resumir las cau-

Criados hurones.



— Señor, que me ahoga V.
 —; Bribon! bribonazo! Ocho dias hace que te has puesto a servir en esa fonda para abrir pinches.
 — No tal, señor; ¡calumnia!

saliste del Saladero, y las puertas a tus com-

— Que te has mudado el nombre, has hecho tomar informes en casa de uno de tus encubridores, suponiendo que has estado sirviendo allí por espacio de dos años.
 — Algo habia de decir.
 — No; pues esta vez no te has de salir con la tuya, bribon.

sas de su actual prosperidad, las razones de su prosperidad futura; señalar con rapidez los recursos con que cuenta la poblacion, al respectivo de las necesidades nuevas, que constituyen una ley de su acrecentamiento; estudiarla a la par bajo el punto de vista industrial, comercial y administrativo; tal es la tarea que se ha impuesto y tan esmeradamente ha llevado a cabo M. de Coninck.

Moschek, moeurs polonaises, par M. L. ROLLÉNDERS. Un vol in-8.º; Poulet-Malassis et de Broise.

Este libro pertenece al género de estudios morales, en que se han distinguido los Tourquenés, los Auerbach, los Frederika Bremer. La situacion de los judíos en Polonia se observa en esta obra con cuidado, y la accion, bastante sencilla por lo demás, se desarrolla hasta poner en realce lo

que contiene ideas particulares, de preocupaciones nacionales, de hábitos locales. La novela de M. Rollénders, a pesar de la parte de inesperienza, que debe reconocer en el estilo, forma en tanto una lectura agradable y útil.

Nouvelle théorie, simplifiée de perspective, etc. In-4.º avec planches, par M. D. SURTER; chez Jules Tardieu.

Exponer con sencillez y claridad los principios de la perspectiva, hacerlos inteligibles sin auxilio de la geometría, tal es el fin que se ha propuesto el autor de esta obra. Una interesante introduccion histórica precede y prepara las demostraciones; y numerosas láminas colocan en cierto modo el ejemplo a la par del precepto. Inspira al autor el método expositivo aplicado por el general Dufour; y a este sabio maestro es a quien dedica un libro, cuyo mero título basta para in-

dicar su fin a los artistas y darles a entender mejor su utilidad.

Essai sur l'avenir de la tolérance, par M. Ad. SCHOEFFER. Un vol. in-12º; Cherbuliez.

Para hallarse a la órden del día despues de pasados siglos de hallarse en abierta lucha, ó tender ó combinarse los dos principios de libertad y autoridad, no por eso deja de ser muy del caso la tolerancia. Polémicas varias han renovado recientemente las defensas, y hé aqui un nuevo volumen que se presenta a sostener dicha tesis. El de M. Schoeffler examina sucesivamente la tolerancia en sus relaciones con la razon, el Evangelio, el protestantismo y el catolicismo. Está escrito con calor y fé, y cuando es necesario sabe tambien apoyarse en la erudicion.

Por todo lo no firmado, *Carlos Bailly-Bailliere*, editor responsable y propietario.

SUMARIO. Ocho dias en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 705.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 709.—Viage a China, por Lord Macartney, pág. 711.—A la guerra de Africa, por D. Pedro Mata, pág. 712.—La Cuestion de Marruecos, pág. 715.—Seccion científica, pág. 717.—Crónica estranjera, pág. 718.—Crónica española, pág. 719.—Revista de teatros, pág. 719.—Bibliografía estranjera, pág. 719.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision a las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente a la reparticion del número, y en Provincias a los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID : 4859. — Imp. de C. Bailly-Bailliere.